

Los mafiosos

Traducción, introducción y notas de
Rocco Carbone

Leonardo Sciascia

Esta comedia es una reescritura radical—y, en lo que tiene que ver con la llamada moraleja de la fábula, una inversión—de otra, en dialecto, de Giuseppe Rizzotto y Gaspare Mosca intitulada *I mafiusi di la Vicaría*, representada por primera vez en Palermo en 1863 y desde entonces en el repertorio de todas las compañías dialectales sicilianas.

Tomé la obra de Rizzotto y Mosca como inspiración: apenas la trama, amplia y frágil. Conservé solo ciertas situaciones de la vida en la cárcel y los nombres de los personajes. Esta comedia, en definitiva, es otra cosa: una demostración bastante rigurosa del devenir de la mafia entre los Borbones y los Saboya, del diagnóstico de Pietro Ulloa al de Napoleone Colaganni.

Representada hace más de diez años por el Piccolo Teatro di Milano, retomada luego por el Teatro Stabile de Catania, considero que no es en vano publicarla hoy junto a otras dos cosas escritas para el teatro y ya publicadas por separado¹.

[Esta nota introductoria figura solo en la edición de 1976]

¹ NdT: El autor se refiere a las obras *L'onorevole* y *Recitazione della controversia liparitana dedicata ad A. D.*



DOI: 10.5281/zenodo.16132564

Copyright © by
Cuestiones Criminales

This work is licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited. See credit lines of images or other third-party material in this article for license information.

Citar: Sciascia, L. (2025) “Los mafiosos”, *Cuestiones Criminales*, 8 (15): 193-252.

Publicación original: Edición de Adelphi, Piccola Biblioteca 354, Milán, 1995, 2012. Traducción al español por Rocco Carbone (LESyC, UNQ-CONICET).

POTENTIAL CONFLICT OF INTEREST: The authors have indicated they have no potential conflicts of interest to disclose.

PALABRAS CLAVE: teatro, mafia, violencia
KEYWORDS: theater, mafia, violence

Personajes

Gioacchino

Leonardo

Incógnito

Pasquale

Turi

Totò

Ricu

Minicu

Nunzio

Carmela

Carcelero

Guardia

Primera parte

La escena representa una placita en el barrio de la Albergheria. Casas a la derecha. La primera es la de Gioacchino. Casas a la izquierda. La primera es la de Pasquale. Mesita de zapatero con dos sillas delante de la casa de Pasquale. Cerrada la casa de Gioacchino.

PASQUALE (*mirando hacia la puerta cerrada de la casa de Gioacchino*): ¡Y sí! ¡Hizo bien! Una cuchillada, cuando es necesaria es necesaria. El hombre se tiene que hacer respetar, y quien ofende debe pagar con sangre. Y si no le da el espíritu estamos sus amigos: amigos como yo. Si Gioacchino me hubiera dicho: “Vení que vamos a darle una lección a Gennarino, el carnicero”, claro que hubiera ido. Soy un joven de honor yo. Un amigo. (*Incógnito envuelto en una capa, llega por la izquierda y se dirige hacia la casa de Gioacchino. Llama a la puerta. Pasquale, que lo mira, pregunta*) ¿Busca a don Gioacchino?

INCÓGNITO (*dudoso*): Sí.

PASQUALE (*con satisfacción, con solemnidad*): Llega tarde.

INCÓGNITO: ¿Cómo tarde? ¿Por qué?

PASQUALE: Porque hace una hora Gioacchino estaba acá tranquilo. Y ahora está en la Vicaría.

INCÓGNITO: ¡¿En la Vicaría?! ¿Qué hizo?

PASQUALE: Nada, ha hecho: solo un agujerito en la panza de Gennarino, el carnicero. Cosa de nada, lo que precisaba para enseñarle a ser educado... Pero usted, ¿qué quiere con Gioacchino? Si tiene zapatos para reparar, aquí estoy yo.

INCÓGNITO: No.

PASQUALE: ¿Y entonces para qué lo busca?

INCÓGNITO: Nada, quería decirle una cosa.

PASQUALE: Me la puede decir a mí: Gioacchino y yo somos así. (*Acerca el índice derecho al izquierdo*).

INCÓGNITO: Es usted curioso, amigo mío. Y si verdaderamente usted y Gioacchino fueran así (*repite el gesto de Pasquale*), sabría bien que la curiosidad es un vicio peligroso.

PASQUALE: Gioacchino es mi maestro.

INCÓGNITO: Y tiene usted aún mucho por aprender.

PASQUALE: Es verdad. Gioacchino es un gran hombre. Pesa cada palabra con la balanza del oro. Y cuando tiene que hacer algo lo hace sin chistar... Lo que acaba de pasar, por

ejemplo: su mujer vuelve llorando, porque el carnicero le faltó el respeto; Gioacchino se hace contar la cuestión, se levanta, va a lo del carnicero. Resultado: Gennarino en el hospital, Gioacchino en la Vicaría.

INCÓGNITO: Lindo resultado.

PAQUALE: ¿Y qué quiere? El hombre debe ser hombre. Claro, se precipitó: si hubiera esperado a mañana, podía darle una lección al carnicero sin terminar en la Vicaría.

INCÓGNITO (*con preocupación*): ¿Por qué, mañana que pasa?

PASQUALE: ¿Y no lo sabe? ¡Es la revolución mañana!

INCÓGNITO (*alarmado*): ¿La revolución? ¿Y quién se lo dijo?

PASQUALE: Y usted, ¿de dónde viene? ¿De Rocca-palumba? Todo lo el mundo lo sabe: mañana, 4 de abril de 1860, en Palermo, y en todo el Reino de Sicilia, será la revolución. Pero una revolución para chuparse los dedos. Una como la de 1848. Y el pobre Gioacchino se la pierde. Está bien que la revolución abre en un segundo las puertas de la Vicaría: pero estar desde el principio es otra cosa, ¿no?

INCÓGNITO: Sí. Buenas noches. (*Sale*)

PASQUALE (*esforzándose visiblemente por recordar*): Pero a este creo que lo conozco: debe ser un gran señor, uno de esos... Tal vez... Y sí, el mismísimo debe ser... ¡Y hacía como que no sabía que mañana es la revolución!

La escena representa una pieza en la cárcel de Palermo [la Vicaría]. A la derecha, una gran ventana con barrotes. Fuera un corredor con grandes recovas. A la izquierda, otros dos corredores. Al fondo, una gran puerta cancel de hierro; al lado, otra gran ventana con barrotes de hierro que recibe luz del exterior.

Al alzarse el telón, varios detenidos trabajan sentados en el piso con paja haciendo pantallas para azuzar el fuego, escobas y cestas. Un guardia, armado con un fusil, se pasea detrás de la puerta cancel del fondo, dejándose ver de tanto en tanto. Totò está recostado sobre una banca a la izquierda. Ricu está sentado sobre los escalones ubicados debajo de la ventana de la derecha. Nicola da vueltas con una cesta colgando del brazo, tiene alcohol para los detenidos. Lo vierte en un vaso desde una botella y lo vende por medida. Turi aparece desde la izquierda con dos palitos de madera en las manos no más largos que cincuenta centímetros. Le entrega uno a Totò y el otro a Ricu.

TURI: ¡Totò, Ricuzzu! Vengan que empieza la escuela, vamos. (*A los demás*) Y ustedes, atentos porque este no es un hospicio.

TOTÒ (*incorporándose y yendo hacia Ricu, que también se levanta y va hacia el centro del escenario*): ¿Cuál hospicio? Escuela es esta, escuela. (*Y mientras se despereza y se pone en guardia, Ricu hace lo mismo y canta a media voz*)

Cárcel, vida mía, casa feliz,
¡cuánto me gusta estar acá!
¡Decapitar a quien la maldiga en un deslíz
a quien diga que aquí no se encuentra la paz!
Aquí solo encontrás hermanos y amigos,
dinero, buena comida y alegre paz...

Ricu y Totò están listos, empuñando los palitos a manera de cuchillo, se ponen en guardia.

RICU: Guarda, hermano.

TOTÒ: Y vos atajate esta.

RICU: Y vos esta.

TOTÒ (*esquivando*): ¡Faltaba más!

RICU: ¡Y esta otra!

TOTÒ (*de nuevo esquivando*): ¿Cuál?

Se empeñan a fondo, con Turi que dirige el enfrentamiento. Luego, desde la puerta cancel del fondo, avanza, seguido por un nuevo detenido, el carcelero.

CARCELERO: ¡Eeehh! ¿Qué es esto? ¿Dónde se creen que estamos?

TURI: En la cárcel estamos, lo sabemos perfectamente. ¿Qué quiere? Los muchachos tienen que mover un poco los huesos, hacer un poco de ejercicio.

CARCELERO: Basta, terminenlá.

RICU: Ni jugar se puede.

CARCELERO: No, no se puede. (*Dirigiéndose a Minicu*) Venga que le asigno su departamento.

MINICU: ¿Me lo hace un favor?

CARCELERO: ¿Cuál?

MINICU: Dentro de poco va a venir mi mujer, que me trae algunas cosas: quisiera que me las entregara usted, sin intermediarios, que si no me llega un tercio de lo que me trae.

CARCELERO: Muy bien, cuente conmigo.

MINICU: Quedo en deuda con usted... ¿En qué número me tengo que acomodar?

CARCELERO: En el 4.

Desaparecen por la izquierda, después el carcelero vuelve y sale por la puerta cancel.

Mientras tanto, aparecieron en el escenario Nunzio y don Leonardo: don Leonardo lee una carta, Nunzio lo sigue con curiosidad.

NUNZIO (*pegándosele, tratando de mirar qué dice la carta que don Leonardo tiene en las manos*): ¿Buenas noticias?

LEONARDO (*cerrando la carta*): ¡Y no! Este no es tiempo de buenas noticias.

NUNZIO (*insinuante*): ¿Dice por la revolución que ha fracasado?

TURI (*impidiendo que don Leonardo conteste*): Por nada lo dice. Cada uno a sus cosas. Usted ocúpese de las suyas.

NUNZIO: ¿Y usted que se mete? Yo estoy hablando con don Leonardo. (*Se aleja con temor*)

Don Leonardo vuelve a la lectura de la carta.

RICU (*mirando a don Leonardo absorto en la lectura, a Totò*): Hoy necesito plata.

TOTÒ (*irónico*): ¿Y me lo decís a mí? ¿No tenés parientes más cercanos?

RICU: No te asustes, ya sé cómo la voy a conseguir.

TOTÒ: Entonces quiero mi parte.

RICU: ¿Qué parte? Si querés comprar, yo vendo.

TOTÒ: ¿Y qué vendés?

RICU: Las solapas del traje de don Leonardo; ¿las querés?

TOTÒ: ¿Para qué las quiero?

RICU: ¿Para qué las querés? Dos escaarpines calentitos calentitos, blanditos blanditos, para el invierno que está por llegar...

TOTÒ: ¡Si recién estamos en mayo!

RICU: ¿Y entonces? En diciembre todavía vas a estar acá.

TOTÒ: Es verdad. ¿Cuánto querés?

RICU: Tres tarì¹.

TOTÒ: ¿Tres tarì? Estás loco. Te doy uno.

RICU: Y vos sos un inconsciente: un tarì para dos escarpines como esos, una estufa para tus pies... quedemos en un tarì y medio.

TOTÒ: Está bien: un tarì y medio.

Ricu se levanta, se acerca a Nunzio, junto a la ventana.

RICU: Caballero, ¿me hace un favor? Vaya con don Leonardo y dele charla, como usted sabe hacer.

NUNZIO: ¿Para qué?

RICU: Por nada, para reírnos un poco.

NUNZIO: Ta bien... *(Se acerca a don Leonardo, que ha terminado de leer la carta y está pensativo)* Y entonces: ¿tenemos buenas nuevas?

LEONARDO: ¡Pero usted tiene una fijación con las buenas noticias! ¿Le parece una buena noticia que los abogados se interesen en mi caso?

Mientras tanto, Ricu, llegando silenciosamente por detrás de don Leonardo con un cuchillo, diestramente, le corta las solapas del traje y sale corriendo.

NUNZIO: Bueno, ya es algo.

LEONARDO: Ya de mi caso se entendía poco, ahora que se metieron los abogados, se entenderá menos.

NUNZIO: Si usted quisiera, yo puedo encontrar una solución.

LEONARDO: ¿Cuál?

NUNZIO: Mi hermano es, no se lo digo por darme aires, una autoridad. Es cónsul de España y, me entiende, una palabra suya... SI USTED QUIERE, yo le puedo escribir, encomendándole su caso...

LEONARDO: Se lo agradecería... Pero usted, disculpemé, ¿con un hermano así de influyente...?

NUNZIO: Mi caso es distinto *(bajando la voz)* a mí me arrestaron por cuestiones políticas, me acusan de conspirar contra el gobierno.

¹ El término deriva del latín medieval *tarenus*, que a su vez proviene del árabe *tarī*, es decir, “fresco de acuñación”. Se trata de una moneda propia del Reino de las Dos Sicilias.

LEONARDO: ¡Basta, por favor! No quiero ni saber de qué lo acusan: yo de política jamás he querido escuchar una palabra... Si cree que su hermano puede hacer algo por mí, escríbale: que al menos sepa porqué me encuentro aquí adentro... Por mi parte, en lo que pueda, quedo a su disposición.

NUNZIO: Y sí, una mano debe lavar la otra, en este lugar desgraciado... En realidad, un favorcito para pedirle tengo.

LEONARDO: Hable, hable...

NUNZIO: Usted sabe lo que pasa con la plata acá adentro... Mi hermano, dicho sea en su honor, me la manda regularmente, pero acá las cosas funcionan lento...

LEONARDO: ¿Cuánto?

NUNZIO: Un par de escudos: apenas llegue la plata de mi hermano...

LEONARDO (*dándole dos escudos*): Sin apuro, no se preocupe.

NUNZIO: Gracias.

Entra Gioacchino. Los detenidos se levantan para saludarlo. Gioacchino les hace señas para que sigan trabajando.

GIOACCHINO (*a Nunzio y a don Leonardo*): Saludos.

NUNZIO: Querido Gioacchino.

LEONARDO: Buen día, gentleman.

GIOACCHINO (*a don Leonardo*): ¿Me está tomando el pelo? Adelante.

NUNZIO: Pero ¿qué pelo? Según nuestro don Leonardo, caballero no es quien viste empilchado y vive de manera desahogada; caballero, según él, es quien piensa y actúa con rectitud...

LEONARDO (*ambiguo*): Como este caballero (*señalando a Nunzio*).

GIOACCHINO (*divertido*): ¿Este? ¿Gentilhombre?... Y sí, es así, gentleman... (*A Nunzio, en voz baja*) Por lo visto, el señor Leonardo no te conoce, ¿eh?

NUNZIO: ¿Qué quiere decir? No lo entiendo.

GIOACCHINO: Cuidado: no me pises los callos, tratá de caminar derecho. ¿Sabés cómo se dice? Hombre avisado, medio salvado... (*A los demás*) Quisiera jugar un partido a

zecchinetta². *(Saca un marzo de cartas del bolsillo)* ¿Quién quiere jugarse dos tarís? *(A Nunzio)* ¿Vos?

NUNZIO: De a dos no. Si el señor Leonardo juega como tercero...

LEONARDO: Para no negarme, si realmente quieren jugar...

GIACCHINO: No, usted no. Usted vaya a leer su diario en paz. *(Don Leonardo se aleja. Volviéndose, deja en evidencia el desastre que hizo Ricu con los faldones de su traje: Gioacchino lo ve y se pone a reír)* ¡Don Leonardo!

LEONARDO: ¿Qué quiere?

GIOACCHINO: ¿Se lo acaban de hacer? ¿Quién es el sastre que se lo hizo?

LEONARDO: ¿El qué?

GIOACCHINO: La camperita.

LEONARDO: ¿Qué camperita? *(Mirándose)* Esta no es una camperita.

GIOACCHINO: Las alas, ¿qué hizo con sus alas?

LEONARDO: ¿Las alas? ¿Qué, me toma por un pájaro?

GIOACCHINO: Los faldones, ¿qué hizo con los faldones?

LEONARDO: ¿Los faldones? Acá están... *(Se vuelve para tocarlos y no los encuentra)* ¡Dios mío! ¿Y dónde están?

GIOACCHINO: ¿Y a mí me lo pregunta? ¿No se los sacó usted?

LEONARDO: ¿Yo? ¡Ni soñando!

GIACCHINO: Entendido: se los fregaron.

LEONARDO: Pero no estaban manchados, estaban perfecto.

GIOACCHINO: Justamente porque estaban perfecto se los fregaron... ¿No la entiende la lengua de los cristianos? *(Hacia la derecha, levantando la voz)* Ricu... eh, Ricu... Vení acá, rápido.

RICU: ¡A sus órdenes, tío Gioacchino!

GIOACCHINO *(severo)*: Mirá un poco el estado de don Leonardo.

RICU *(incómodo pero haciéndose el sorprendido)*: ¡Uh! ¡Qué bárbaro! Parece mozo de bar.

² Juego de azar conocido también como *lanzeneck* o *lasqueneet*. El nombre deriva de los Lansquenetes que lo introdujeron en Italia en el siglo XVI.

GIOACCHINO: Le fregaron los faldones.

RICU: Sí sí... ¿Y qué quiere de mí?

GIOACCHINO: ¿Vos no sabés nada?

RICU: ¡Lo juro por Dios!

GIOACCHINO: Andá, traé los faldones, andá, andá... *(Ricu sale. Giacchino se dirige a Nunzio)* ¿Querés jugar entonces? ¿Sí o no?

NUNZIO: De a dos no.

GIOACCHINO: Ahora llamo a Turi y somos tres... ¡Turi! ¡Eh, Turi!

TURI *(desde adentro)*: ¿Qué?

GIOACCHINO: Vení acá.

NUNZIO *(astutamente)*: ¿Nos asociamos nosotros dos?

GIOACCHINO *(con desprecio)*: Sos siempre el mismo, no respetas a nadie: y eso que con Turi te entendés bastante bien.

TURI *(saliendo)*: Heme aquí.

GIOACCHINO: ¿Querés jugarte dos tarí?

TURI: ¿Cuántos somos?

GIOACCHINO: Tres.

NUNZIO: ¿Y por qué tres? ¿Don Leonardo no juega?

GIOACCHINO: Don Leonardo tiene que leerse su calendario. *(Dándole las cartas a Turi)* Adelante, Turi, repartí.

Se sientan en las bancas del centro del escenario Turi y Nunzio; Gioacchino se mantiene de pie; Ricu aparece con los faldones de don Leonardo en las manos, se acerca a Gioacchino y con un suspiro se los entrega. Gioacchino los despliega y luego se los da a don Leonardo.

LEONARDO: Gracias. Voy a que me los vuelvan a coser. *(Sale y vuelve en seguida con otro traje)*

TOTÒ *(a Ricu, que en voz baja le hizo una propuesta)*: ¿Tu pan? ¡Pero si ya se lo vendiste a Turi!

RICU: A Turi le vendí el de hoy; a vos te vendo el de mañana.

TOTÒ: Por el de mañana te doy una moneda y una pitada de tabaco.

RICU: Y bueno, dame ese grano y dejame hacer esa pitada.

TOTÒ: Momento: antes tengo que decírselo a tío Gioacchino. *(Llamando)* Tío Gioacchino, usted es testigo de que el pan de Ricu...

TURI: El pan de Ricu es mío: lo tengo comprado desde ayer.

RICU *(a Turi)*: ¿Y quién lo niega? Mi pan de hoy es tuyo. Es el de mañana el que le quiero vender a Totò.

TOTÒ: ¿Escuchó, tío Gioacchino?

GIOACCHINO: Escuché, está bien... Y vos, Ricu, no faltes a tu palabra.

RICU: ¿No me conoce? Yo siempre me he portado como un joven de honor. *(A Totò)* ¿Qué necesidad había de llamarlo como testigo a tío Giacchino? ¿Tenías miedo de que te lo negara?

TOTÒ: ¿Miedo? Yo no tengo miedo de nada, pero como vos sos capaz de venderle tu pan a más de uno, quería asegurarme de recibirlo sin problemas. *(Mientras tanto, le cargó la pipa)* He aquí el grano y he aquí la pipa. *(Le da una moneda, la pipa y un fósforo)*

RICU: ¡Y pensar que tiraba los cigarros!

TOTÒ: Así es la vida: ¡antes tirabas los cigarros y ahora llorás por una colilla! *(Se levanta, va a la ventana, llama)* ¡Ey, tío Leopoldo! ¿Tiene higos secos?

VOZ DE AFUERA: No.

TOTÒ: Mejor así, ahorro. *(Saca del bolsillo un pedazo de pan y mastica)*

RICU *(aspirando con satisfacción la pipa y mirando la moneda que tiene en la mano)*: Ahora me la juego a la suerte. *(Se acerca a los jugadores)* Apuesto al caballo.

GIOACCHINO: ¿Con un grano querés ganar el juego?

RICU: ¿Quién sabe? Cuando las cartas hablan...

Juegan

VOZ DE MUJER *(desde afuera)*: Ehh, llamen a mi marido.

TOTÒ *(desde la ventana)*: Tío Gioacchino, su mujer.

GIOACCHINO: Decile que se vaya, estoy ocupado. *(A los jugadores, exhibiendo una carta)*
¿Esta cuál es?

TOTÒ *(a la mujer)*: Señora, váyase a casa que no puede venir.

VOZ DE MUJER: Hágame el favor de decirle que tengo algo que contarle con urgencia.

TOTÒ: Tío Giacchino, tiene una cosa urgente para decirle.

GIOACCHINO *(a Nunzio)*: Gané el cinco. Me debés seis tarí.

NUNZIO: Cuatro.

GIACCHINO: Seis.

NUNZIO: Cuatro.

GIACCHINO: Seis.

NUNZIO: Cuatro.

GIACCHINO *(a Totò)*: ¡Malditos vos y ella! No tengo tiempo que perder: que se vaya. *(A Nunzio, decidida, amenazadoramente)* Seis.

NUNZIO: Está bien: seis.

TOTÒ *(a la mujer)*: Vuélvase a casa que tío Gioacchino está ocupado.

GIOACCHINO *(continuando el juego)*: ¿Quién le apuesta al tres?

RICU: ¿Me presta cinco granos?

GIOACCHINO: ¿Y las monedas?

RICU: ¿Mi camisa nueva no vale cinco granos?

GIOACCHINO: ¡Te doy cinco granos por la camisa! *(Da vuelta una carta)* Ahí está: tres.

RICU: Se fue la camisa.

LEONARDO *(que ha seguido el juego de a ratos)*: Querido Gioacchino, me debe disculpar: ¿le parece moral, le parece honesto, le parece una cosa honrada, a usted que el honor le importa, aprovecharse de la pasión de este pobre joven y quitarle hasta la camisa? Este le compró el pan de hoy *(indica a Turi)*, ese otro, el de mañana, usted se queda con su camisa: no es humano, permítame que se lo diga.

GIOACCHINO *(mirándolo con divertida compasión)*: ¿Humano? ¿Qué quiere decir humano?

LEONARDO: Humano, eso...

GIOACCHINO (*interrumpiéndolo con un gesto*): A ver si lo entiendo solo... Si humano quiere decir relativo al hombre, de los hombres, no hay nada más humano que uno le saque el pan y la camisa a otro... Luego, querido don Leonardo, debe tener presente esto: la cárcel es una escuela, y estos muchachos deben salir de aquí adoctrinados como se debe... ¿Usted fue a la escuela? ¿La escuela no es dura para quienes no tienen una inclinación hacia el conocimiento? Lo mismo pasa con la cárcel... (*señalando a Ricu*) Mire: este le corta los faldones del traje porque solo respeta a aquellos a quienes teme: no entendió que también hay que respetar a las personas instruidas, aquellas que saben jugar con las palabras, porque con las palabras se envía a los hombres a la horca... Y no entendió que hay que jugarse el pan, la camisa y la piel de los demás...

VOZ DE MUJER (*desde afuera*): Hágame el favor de llamar a mi hijo.

TOTÒ: Tío Gioacchino.

GIOACCHINO (*a don Leonardo*): Y por eso tenemos que ser duros con él, hacerle pasar frío y hambre; y usar el cuchillo también, cuando es necesario... (*A Totò*) ¿Qué querés?

TOTÒ: Su madre.

GIOACCHINO: ¡Mi madre!... Discúlpeme, no juego más (*deja las cartas, se lanza a la ventana diciendo a Totò*) Salí de acá vos. ¡Mamá!

VOZ DE LA MADRE: ¡Hijo mío! ¡Cómo estás!

GIOACCHINO: Estoy bien, ¿y usted? ¿Fue a ver al juez?

VOZ DE LA MADRE: Sí.

GIOACCHINO: ¿Y qué le dijo?

VOZ DE LA MADRE: Que mañana serán escuchados los testigos.

GIOACCHINO: De los testigos no tengo miedo y además, mal que mal, más de trece años no me pueden dar.

VOZ DE LA MADRE (*lloriqueando*): ¡Ah pobre hijo mío!... ¡Trece años!... ¡Pobre hijo mío!

GIOACCHINO: No llore: ¿qué, acaso ya me condenaron? Trece, digo, si todo saliera mal... ¿Qué me traje?

VOZ DE LA MADRE: Una escudilla de macarrones.

GIOACCHINO: Désela al guardia, que voy a mandar a alguien a recogerla.

VOZ DEL CENTINELA: Aléjese; aquí no se puede estar; fuera.

GIOACCHINO: Dejala en paz, centinela: es mi madre... No la toques... No la empujes, te digo... ¡Maldito vos y el que te da el pan!... Y usted, mamá, váyase, váyase...

VOZ DE LA MADRE: Me voy. Dios te bendiga, hijo mío.

GIOACCHINO (*al centinela*): Vendido: ¿qué te hace una pobre vieja?

VOZ DE LA MADRE (*alejándose*): No te enojés, Gioacchino, no te enojés. Adiós.

GIOACCHINO (*agitando la mano*): La saludo, mamita querida. ¡Adiós! ¡Adiós!... ¡Pobre madre mía desgraciada! ¿Pero qué se puede hacer? ¡Paciencia! (*a media voz canta*)

Amigos, amigos, que a Palermu van
salúdenme a esa bella ciudad
saluden a parientes y amigos
y también a mi madre que allá está.

Y es verdaderamente desventurada, pobre vieja. (*Repite los últimos dos versos de la canción*)

Como atraído por la voz de Gioacchino, entra Minicu; y viendo a Gioacchino, que no se percata de él, pone cara y gesticula para indicar que no se había equivocado al reconocerlo por la voz. Desde afuera, aprobando el canto.

VOZ DE HOMBRE: ¡Bien!

GIOACCHINO: ¿Qué quiere, compadre Pietro? ¡Cantemos, que es mejor! Así la pasamos bien estos cien años de vida que nos quedan. (*Alejándose de la ventana, se encuentra de frente a Minicu, que sonríe con ansia, casi esperando un abrazo; pero Giacchino lo mira, lo saluda con indiferencia; por lo cual Minicu queda mortificado y responde fríamente al saludo*) Saludos.

MINICU (*fumando un cigarro*): Saludos. (*Se sienta en una banca*)

GIOACCHINO (*se le acerca, lo escruta sin hablar, luego*): ¿Usted es el recién llegado del número cuatro?

MINICU: Para servirlo.

GIOACCHINO (*saca del bolsillo un cigarro, quita el cigarro de la boca de Minicu, enciende el suyo y tira el de Minicu*): ¿Alguien le habló?

MINICU: Nadie. (*Señalando el cigarro en el suelo*) ¿No le sirve más el cigarro?

GIOACCHINO: Si a usted le sirve, adelante... Ahora le mando a una persona que le hará cierto discurso.

MINICU: No es necesario incomodar a otros: si quiere, puede decirme usted de qué se trata.

GIOACCHINO (*con paciencia condescendiente, conteniendo la ira*): Muy bien, se lo diré yo... Mientras tanto, párese.

MINICU (*irónico, provocativo*): No puedo, sufro de dolores románticos.

GIOACCHINO: ¿Sufre de qué?

MINICU: De dolores románticos.

GIOACCHINO: ¿Dónde los tiene estos dolores románticos?

MINICU: En la espina universal.

GIOACCHINO: Se hace el gracioso, por lo que veo... (*Cambiando de tono*) Párese, cuando le hablo yo.

MINICU: ¿Debo alzarme? Heme aquí. (*Se levanta*) Hable.

GIOACCHINO: ¿Conoce el andar aquí adentro?³

MINICU: ¿De qué, de acero? Aun no lo vi.

GIOACCHINO: ¿Cómo, no conoce el estilo de la cárcel?

MINICU: Dígame adónde, que lo voy a buscar.

GIOACCHINO: ¿El qué?

MINICU: El estilo.

GIOACCHINO: No se haga el estúpido: usted tiene que pagar la lámpara.

MINICU: ¿Y qué, la rompí yo la lámpara?

GIOACCHINO: Tiene que pagar el *pizzo*⁴.

MINICU: ¿*Pizzo*? ¿Qué es el *pizzo*?

GIOACCHINO: Ahora se lo enseño... Aquí adentro tenemos una costumbre: cada recién llegado debe pagar una suma por la lámpara que se prende a la noche y por el lugar donde duerme.

MINICU: ¿Y no es el gobierno el que piensa en estas cosas?

GIOACCHINO: Sí, es el gobierno: pero somos nosotros, los muchachos y yo, los que nos ocupamos de que la lámpara no se apague; porque si la lámpara se apaga, algo le puede

³ Traduzco *lo stile* por el andar, perdiendo lamentablemente el juego de palabras entre *stile* ("estilo", pero también "cuchillo") que reverbera en la siguiente pregunta de Minicu: ¿de acero?

⁴ Impuesto de protección. [N de t.]

pasar, mientras duerme... En suma: la lámpara que se apaga es aquella de la amistad; y el lugar donde duerme es el de la tranquilidad, de la seguridad.

MINICU: Comprendido. Pero en este momento no me encuentro en condiciones de poder satisfacerlo.

GIOACCHINO: La campera que lleva está en buenas condiciones.

MINICU: Como le dije, sufro de dolores románticos; y por eso le pido que me la deje... Pero tengo cómo remediarlo; dentro de poco vendrá mi mujer, y le diré que mañana me traiga un dinero, y le pagaré... ¿Se le ofrece algo más?

GIOACCHINO: Nada más. Hasta mañana, entonces.

MINICU: Mañana será satisfecho.

GIOACCHINO: Hasta luego. *(Sale)*

MINICU *(siguiéndolo con la mirada y luego estallando)*: ¡A mí con esta prepotencia! ¿Pero qué, de verdad no me reconoció? ¿O hizo como que no me reconocía?... Mañana lo hablaremos, mañana... *(Se acerca a la ventana)* Ahí está mi mujer... ¡Francesca, Francesca!... Dale al guardián las cosas que me trajiste, y presta atención a esto que te digo: mañana traeme el traje elegante, el sombrero y una hogaza de pan fresco para los amigos... ¿Entendiste? Una hogaza de pan fresco para los amigos... ¿Qué hacés? ¿Qué decís? No tengas miedo, no llores... *(Casi para sí)* ¡Cristo, cuánto se afea!... Y no olvidar la hogaza de pan. Adiós. *(Se aleja de la ventana)* Y ahora me voy a mi celda, no saldré hasta mañana, cuando vuelva mi mujer... ¡Con compadre Gioacchino hablaremos mejor mañana! *(Sale)*

Vienen hacia el frente don Leonardo y Nunzio, Nunzio con las cartas en la mano; luego, Gioacchino y Ricu con monedas y cartas.

LEONARDO: Me ganó tres escudos. Pero no importa, no hablemos más.

NUNZIO: Y no, querido don Leonardo: aquí se juega para hacer pasar el tiempo, no quiero aprovecharme de su dinero. La fortuna estuvo hasta ahora de mi lado, pero tenemos que darle la posibilidad de cambiar de bando... Siéntese, siéntese aquí, que quiero darle la revancha.

LEONARDO: ¿Pero qué revancha? Lo que pasó, pasó.

NUNZIO: Entonces me quiere ofender. Me sentiré como un ladrón, si no me acepta la revancha.

LEONARDO: ¡Por favor! ¿Qué ladrón? (*Se sienta*) Vamos con esa revancha.

Empiezan a jugar.

GIOACCHINO (*a Ricu*): ¿Cuánto ganaste?

RICU: Cuatro tarís.

GIOACCHINO: Dámelos.

RICU (*dándole las cartas y el dinero*): Aquí están.

GIOACCHINO: ¿Quién te abandonó en el juego?

RICU *Il camorrista di giornata*⁵.

GIOACCHINO Decile que me tiene que rendir cuentas a mí... De hecho, llámalo que tengo que hablar con él.

RICU Está bien. (*Está a punto de levantarse, pero se da cuenta de que hay una colilla en el suelo*). Tío Gioacchino...

GIOACCHINO (*mientras cuenta el dinero*): ¿Qué querés?

RICU ¿Me permite?

GIOACCHINO ¿Qué?

RICU Esta colilla de cigarro. (*Señalándolo*)

GIOACCHINO ¡Agarrátelo!

RICU (*recogiéndolo*) Gracias. (*Alejándose de prisa a la voz de*) Turi, oh Turi...

LEONARDO (*a Nunzio*) ¡Me ganaste otro escudo!

GIOACCHINO (*que no se había percatado de la complicidad entre Nunzio y don Leonardo*) Ah, ah, entendí... (*Se levanta, se acerca a los dos*) Y bien, ¿quién gana y quién pierde de sus señorías?

LEONARDO He perdido cuatro escudos...

GIOACCHINO De esto no se puede dudar... (*A Nunzio*) Muéstreme esos naipes, caballero... ¿Quién se los dio?

NUNZIO (*avergonzado*) Así... me olvidé de devolverlos...

⁵ Refiere a uno de los grados más bajos en la estructura jerárquica de la organización mafiosa.

GIOACCHINO Ah, se olvidó... ¿Y no sabía que no se puede jugar sin mi consentimiento y sin que el camorrista di giornata controle? (*Agarra los naipes que Nunzio le alcanza, empieza a contarlos*)

LEONARDO (*a Nunzio, bajito*) Hicimos una infracción.

GIOACCHINO ... treinta y cuatro, treinta y cinco, treinta y seis... Faltan cuatro naipes, seguro que dos parejas. ¿Y cómo podía ganar este pobre caballero?... (*A Nunzio*) Caballero, con el permiso de don Leonard tengo que pedirle un favor...

LEONARDO Haga libremente.

NUNZIO (*levantándose para seguir a Gioacchino*) ¿Qué quiere?

GIOACCHINO ¿Cuánto le ganaste a don Leonardo?

NUNZIO Cuatro escudos.

GIOACCHINO Ponelos aquí. (*Extiende la palma de la mano*)

NUNZIO ¿Y por qué? Los gané lealmente.

GIOACCHINO Nadie lo duda... Dale, dámelos...

NUNZIO Pero yo...

GIOACCHINO Poné aquí el dinero. (*Nunzio le entrega los cuatro escudos. Gioacchino acerándose a don Leonardo*) ¿Cuánto perdió don Leonardo?

LEONARDO Cuatro escudos.

GIOACCHINO Aquí tiene los cuatro escudos... Y por favor: no juegue más.

LEONARDO No entiendo...

GIOACCHINO Me explico: yo, para evitar que jugaran, había sacado cuatro naipes de la baraja... El caballero no se dio cuenta, usted tampoco: pero un juego con treinta y seis cartas no vale... (*A Nunzio, con ironía*) ¿Es cierto, caballero?

NUNZIO Yo no sabía nada. Pero treinta y seis o cuarenta que fueran, los naipes me podían favorecer a mí o a él... Pero vos querés favorecer a don Leonardo y molestarme a mí...

LEONARDO (*ofreciendo a Nunzio los cuatro escudos*) Por mí, si usted quiere...

GIOACCHINO Quédese con el dinero, que es suyo... (*A Nunzio*) Y vos, mejor dejá de soplar, que el fuego crece y podés quemarte.

NUNZIO ¿Sabés que te estás tomando una confianza que no te di?

GIOACCHINO Puedo tener suficiente como para darte un par de patadas.

NUNZIO ¿A quién? (*Hace un ademán de lanzarse contr él, pero se contiene*) No quiero ensuciarme las manos con vos.

GIOACCHINO Hacés bien. Yo en cambio no tengo ese escrúpulo. (*Levanta la mano para abofetearlo*)

LEONARDO (*sujetándolo*) Pero Gioacchino, por dios. En el fondo se trata de un malentendido: el caballero es un señor, es hermano de un cónsul...

GIOACCHINO ¡Pero qué señor ni caballero! ¡Pero qué cónsul! No tiene honor, es un ladrón, un espía de la policía.

LEONARDO ¿Un espía de la policía?

NUNZIO ¿Yo?

GIOACCHINO Sí, vos. ¿Qué te creías, que no lo sabía?... Te lo advierto: prestá atención a lo que hacés, tratá de ser prudente, porque a la menor molestia te volteo... Hombre prevenido...

LEONARDO Buen, basta, ya está, no hablemos más... Y gracias, querido Gioacchino...

GIOACCHINO De nada, don Leonardo, es mi deber... (*A Nunzio*) Y vos seguí molestando a los muchachos, que aún no te conocen; vas a ver cómo te acomodo... (*Sale*)

NUNZIO (*mirándolo alejarse de la escena, con una risa esforzada*) Ah ah ah... Vamos a ver si me acomodás vos o si yo... (*A don Leonardo*) Quiero esperar que usted no haya creído lo que dijo ese canalla.... Pero, ¿sabe por qué inventó esas infamias?... Cuando me llamó aparte, me pidió la mitad de los cuatro escudos que había ganado, y como me negué...

LEONARDO (incrédulo) ¿De verdad? Es un camorrista refinadísimo.

NUNZIO ¡Usted no sabe qué tipo de gente es esta! Y un pobre caballero como yo, como usted, que por casualidad se encuentra en medio de esta situación, debe sufrir las humillaciones, los insultos...

LEONARDO ¿Qué le va a hacer? Paciencia... (*Sale*)

Nunzio pasea arriba y abajo. Entran Turi, Ricu e Totò

TURI (*luego de observar un poco a Nunzio*) ¿Qué tiene, caballero?

NUNZIO Tengo que aquí adentro no se respira... Nadie es libre de hacer un pequeño negocio por cuenta propia que tiene que entregar todo, hasta el último grano... Y además, es considerado sospechoso, es amenazado...

TURI ¿Y quién lo amenaza?

NUNZIO ¿Es necesario decirlo? ¿Quién es que manda aquí adentro?... ¿Y sabe de qué sospecha? Que usted y yo estamos tramando una conjura contra él: me lo ha dicho ahora, delante de don Leonardo: y ha amenazado con fuego y tormenta, contra usted, contra mí, dice que usted lo ha traicionado...

TURI (*a Totò y a Ricu*) ¿Saben que el tío Gioacchino se está volviendo loco? No dice una palabra que no sea un insulto para con nosotros, nos trata con los pies, nos exige que le entreguemos todo: y luego tiene la desfachatez de decir que lo traicionamos.

RICU Por su culpa estoy muriendo de hambre.

TOTÒ Y yo debo privarme del tabaco si quiero comer un pedazo más de pan.

TURI Y yo, que soy su brazo derecho: ¿qué beneficio tengo con todo lo que le hago ganar?

NUNZIO ¿Qué pasó? ¿Se lo dejó su padre?

TURI ¿Dejó qué?

Nunzio Digo: tal vez su padre, en su testamento, les ha dejado dicho que deben respetarlo y servirlo.

RICU Y sí, pensándolo bien, ¿quién nos obliga?

TOTÒ No somos sus esclavos.

TURI Lo hemos ayudado a subir, pero podemos bajarlo en cualquier momento.

NUNZIO Tal vez les falte coraje...

RICU ¿Coraje? Yo me lo como vivo, me lo como.

NUNZIO Tal vez entonces les falte inteligencia y sin él serían como gatitos ciegos.

TURI Para que sepan, las reglas de la sociedad las conozco mejor que él, y fuerza y valor me sobran.

NUNZIO Será... (*Se aleja*)

TURI (*a los otros dos*) ¿Qué dicen, lo acostamos?

TOTÒ Para mí, sí.

RICU Claro, pa'lante.

TURI Y entonces hagamos así: yo prendo el fuego y ustedes lo atienden.

RICU Quiero pegarle un cuchillazo en el frenillo.

TOTÒ Yo quiero beberme su sangre.

TURI Quizás sea mejor razonarlo mejor: o demuestra que somos traidores o lo volteamos...

NUNZIO (*con ironía, con desprecio*) Y sí, piénsenlo: así los engatusa de nuevo.

RICU ¿Razonar qué? Hoy esta historia debe terminar, así como Dios existe.

La voz de Gioacchino se acerca.

GIOACCHINO

Bella, a vos te hizo un angelito
fue un gran pintor con el pincel en mano:
te hizo esos pechos redonditos
la cara y los ojos cual sultana...

TOTÓ Llegó el amigo.

TURI. Silencio. Déjenme a mí.

Avanza Gioacchino y detrás don Leonardo.

GIOACCHINO (*a don Leonardo*) En cuanto me entreguen el plato de macarrones de mi madre quiero que me haga el honor de comer conmigo: verá qué delicia...

LEONARDO Gracias.

GIOACCHINO (*reanudando el canto*)

Tus labios son coral finito,
tus dientes azúcar refinado...

(*Se queda callado al ver la actitud de Turi y de los otros dos*). ¿Qué pasa? ¿Se tomaron la medicina? ¿Estás haciendo la cura del hierro?

TURI El hierro de se lo tenemos que dar a alguien más.

GIOACCHINO (*fingiendo no entender*) ¿Está hablando con usted, don Leonardo?

LEONARDO ¿Conmigo? No creo.

GIOACCHINO (*agarrando a Turi por un brazo*) A ver: ¿para quién es la cura del hierro?

TURI Bajá las manos. (*Le hace señas con los ojos a los otros dos para que se acerquen a Gioacchino*).

GIOACCHINO Ah, entiendo: han complotado, ahora son un movimiento de masas... ¡Bravo!... Por su propio bien, se lo digo antes de que den el mal paso: si le hacen caso a este (*señala a Nunzio*) se van a encontrar haciendo cosas de las que no tendrán tiempo de arrepentirse. Así que escuchen: es la hora de la sopa, vamos a tomarla juntos y en paz que es mejor.

LEONARDO Dice bien, Gioacchino: vayamos a tomar la sopa juntos.

TURI Está bien, vayamos a por la sopa. Pero más tarde tenemos que volver a hablar del asunto.

NUNZIO (*a Turi, por lo bajo*) Te digo una cosa. Se te da bien la cháchara...

TURI (*en voz alta*) ¿No ven que yo lo insulté y que él no se dio por ofendido?

GIOACCHINO Pero, ¿por qué debería ofenderme? ¿Vos me ofendiste? ¿Ustedes? Si no son más que un puñado de desalmados, los compadezco.... Saben muy bien que siempre los mantuve a raya y así seguiré haciéndolo.

NUNZIO (*levantándose para provocar*) ¿También a mí?

GIOACCHINO Vos ni estás.

RICU Tío Gioacchino, hágame el favor de no meter a todo el mundo en el mismo saco.

GIOACCHINO ¿Te debería excluir a vos, acaso? (*Hace para darle una patada*)

Ricu sale corriendo

CARCELERO ¡La sopa! (*Todos salen de la escena, salvo Nunzio. El carcelero se le acerca*). El director avisa de que viene alguien, usted me entiende, de consideración; mantenga los oídos abiertos...

NUNZIO Entiendo... ¿Dónde lo pone, en qué número?

CARCELERO En el catorce.

NUNZIO Está bien, gracias.

Todos vuelven con sus escudillas en la mano. Se sientan. Gioacchino, que sostiene la suya, agarra la de Ricu y la ubica a su lado.

GIOACCHINO Esta también es mía.

RICU Por supuesto. La palabra empeñada es palabra de honor... Qué sean malditos mis vicios...

GIOACCHINO Entonces hoy te quedás en ayunas.

RICU Me quedo en ayunas.

GIOACCHINO ¿Y mañana?

RICU Bis.

GIOACCHINO ¿Y pasado mañana?

RICU Bis de nuevo

GIOACCHINO ¡Bravo! Vas a vivir del aire, como el camaleón... ¿No te queda nada más para vender?

RICU Los zapatos, ¿quiere comprarlos?

GIOACCHINO No son tuyos, ¿a quiénes se los afanaste?

RICU Me los regaló don Leonardo.

LEONARDO Es verdad, vi que los necesitaba...

GIOACCHINO (*alcanzándole la escudilla a Ricu*) Tomá, comé.

LEONARDO Y comé también la mía.

RICU (*a don Leonardo*) La de usted la acepto, la del tío Glocchino, paso.

GIOACCHINO (*le arroja la escudilla*) ¡Desgraciado!

NUNZIO Un momento: siempre hay tiempo para pelear, ahora tenemos un asunto que interesa a todos.

GIOACCHINO ¿Te van a ahorcar?

NUNZIO Siempre gracioso... Tienen que saber que en el número catorce hay un nuevo prisionero: alguien que conozco, un muy rico... Hoy podemos organizar un banquete a costa suya, así nos pacificamos todos...

GIOACCHINO Además de la pacificación, que es otra cuestión, la cosa me interesa...

TURI ¿Cuánto le hacemos pagar?

GIOACCHINO (*señalando a Nunzio*) Si lo que dice este es verdad, no menos de sesenta escudos.

NUNZIO Exacto, no menos de sesenta escudos: treinta para nosotros y treinta para el banquete.

GIOACCHINO Vos no tenés nada que ver.

TURI Pero si él nos avisó...

GIOACCHINO Está bien, algo le vamos a dar, por la información... Silencio, que me parece que está viniendo... *(A Nunzio, Ricu y Totò)* Ustedes pónganse a jugar. *(A don Leonardo)* Usted vaya a leer el diario. *(A Turi)* Y vos, que sos el mastro di giornata, ante tantealo, y luego hazelo traspigar...

RICU Don Leonardo, venga aquí, juguémonos medio escudo.

LEONARDO *(con un suspiro)* Y juguémonos medio escudo.

GIOACCHINO *(a Turi)* Con buenos modales, ¿sí? Pero tiene que ser sesenta escudos.

TURI Entendido.

GIOACCHINO *(a punto de irse, pero se da cuenta que también don Leonardo está jugando)* ¡Don Leonardo! Le había pedido que no jugara más.

LEONARDO Tiene razón, pero este caballero me invitó... *(Aprovechando la distracción de Don Leonardo, Ricu se mete en la boca la moneda que estaba en el banco, Don Leonardo hace un gesto para agarrarla)* Mi medio escudo: ¿dónde está mi medio escudo?

GIOACCHINO ¿Ya había apostado el medio escudo?... *(A Nunzio)* ¿El escudo de don Leonardo? *(A Totò)* ¿El escudo de don Leonardo? *(A Ricu)* ¿El escudo de don Leonardo? *(Mira a Ricu, que niega con la cabeza. Gioacchino golpea la nuca de Ricu, que escupe el medio escudo).* Ahí está.

LEONARDO ¿Le estaba sacando las manchas?

Entra el Incógnito, leyendo el diario. Se para al lado de la ventana.

TURI *(acercándosele)* Beso sus manos.

INCÓGNITO *(levantando apenas los ojos del diario)* Salute.

TURI ¿Vuestra señoría llegó de nuevo al número catorce?

INCÓGNITO Eso mismo.

TURI Se está mal, en el catorce, no hay aire.

INCÓGNITO Me di cuenta.

TURI Si vuestra señoría quiere puedo hacer que lo manden al nueve: hay más aire, más luz, más comodidad...

INCÓGNITO Se lo agradezco.

TURI ¿Es la primera vez que vuestra señoría viene por aquí?

INCÓGNITO La primera vez.

TURI Lo lamento.

INCÓGNITO Gracias.

TURI Y esto quiere decir que vuestra señoría no conoce las costumbres de la cárcel.

INCÓGNITO ¿Qué costumbres?

TURI Vuestra señoría debe pagar unos sesenta escudos por el pizzo⁶.

INCÓGNITO ¿Por el pizzo?

TURI Y por la vela.

INCÓGNITO Pero qué luz ni qué pizzo, ¿qué cuento es ese? No lo entiendo. O mejor: no lo quiero entender. ¿Está claro?

GIOACCHINO (*que ha prestado atención al diálogo desde lejos, acercándose*) La cosa se hace larga (*a Turi*) salé de aquí.

TURI Pero si estoy hablando...

GIOACCHINO Andá, andá a jugar, que me ocupo yo... (*Al Incógnito*) Y usted, señor mío, hágame el favor de dejar esa hoja y prestar atención a lo que digo yo.

INCÓGNITO Lo escucho.

GIOACCHINO Yo siempre hago mis cosas por las buenas y sin calentarme, porque calentarse es malo para la salud... Aquí hay la costumbre de que cuando alguien tiene la suerte de estar entre nosotros, debe pagar una cierta suma, según sus posibilidades: esto sirve en parte para hacer una pequeña fiesta entre nosotros, y en parte para ayudar a los muchachos más necesitados.

INCÓGNITO ¿De verdad?

GIOACCHINO Así es... Y entonces, saque esos sesenta escudos y vuestra señoría estará tranquila, nosotros estaremos tranquilos, y estará tranquila toda la Vicaría.

INCÓGNITO Mire, oiga... (*Lo aparta aún más para hablarle al oído*)

⁶ Refiere al impuesto de protección.

GIOACCHINO *(le agarra la mano para besársela, pero el otro la retira)* Pero yo no sabía, ni imaginaba... Su señoría debe perdonarme... A partir de este instante, soy su servidor: tendrá todo el respeto y la obediencia que merece... *(Cuadrándose casi militarmente)*
Gioacchino Fungiazza, servidor de su excelencia.

INCÓGNITO ¿El zapatero?

GIOACCHINO Para servirlo. ¿Pero su señoría cómo lo sabe?

INCÓGNITO Ya había escuchado hablar de usted; y justo el día que lo agarraron había ido a visitarlo... Ya tendremos tiempo de hablar.

GIOACCHINO Entendido... Mientras tanto, si puedo servirle en algo...

INCÓGNITO No sé si sería posible que me consiguiera un colchón, hasta que me manden algunas cosas de casa.

GIOACCHINO Esta noche tendrá el colchón.

INCÓGNITO Le quedo agradecido.

GIOACCHINO ¡Pero por favor! Es más, vuelvo a disculparme, si no conociéndolo me atreví...

INCÓGNITO No hablemos más de eso.

GIOACCHINO Con su permiso.

INCÓGNITO Haga libremente.

Gioacchino se acerca a los muchachos que juegan a los naipes.

TURI ¿Y entonces?

NUNZIO ¿Qué pasó?

TOTÒ ¿Se descongeló?

RICU ¿Se ablandó?

GIOACCHINO ¿Terminaron? ¿Hay alguien más?... Entonces: ese señor es un amigo y es digno de todo respeto. Pero si hay alguien quiere ser pagado por él, aquí estoy, listo para satisfacerlo en efectivo duro.

NUNZIO ¡Pero escuchen!

GIOACCHINO (*acariciándole la cara y luego girándosela bruscamente, como para desenroscarsela*) ¡Terminala!

TURI (*irónico*) Tenés razón... Cállense, que solo él debe hablar.

GIOACCHINO Tengo razón y hablo solo yo, eso mismo. Y repito: si hay alguien...

INCÓGNITO (*que siguió todos los movimientos y temiendo que Gioacchino se encuentre en un embrollo por su culpa*) ¡Gioacchino!

GIOACCHINO (*rápido, acercándosele*) ¡Mande!

TURI Se ha puesto a su servicio.

NUNZIO Sí, se quiere hacer la parte del león.

TOTÒ ¿Y qué hacemos?

TURI Yo llamo a ese caballero y le hablo cara a cara, pero usted debe ocuparte de Gioacchino.

El Incógnito y Gioacchino hablan en voz baja. Gioacchino amaga acercarse a sus amigos pero el Incógnito lo retiene.

INCÓGNITO (*a Gioacchino*) Si hay que poner...

GIOACCHINO Nada: ni siquiera una moneda.

INCÓGNITO Mirá, se levantan: tienen malas intenciones, por lo visto.

GIOACCHINO No se preocupe.

INCÓGNITO No me preocupo por mí; lamento que tengas que comprometerte por mí.

GIOACCHINO ¿Con quiénes? ¿Con estos? Espere que pique a un par de ellos y verá cómo se retiran a sus cuchas.

TURI (*dirigiéndose al Incógnito, irónico, fanfarrón*) ¡Mi amo, eh, mi amo!

INCÓGNITO ¿Habla conmigo?

TURI Con usted... venga aquí.

El Incógnito amaga con acercarse pero Gioacchino lo retiene.

GIOACCHINO ¿Dónde va?

INCÓGNITO Me llamó.

GIOACCHINO Disculpe, pero ese me llamó a mí.

INCÓGNITO Pero no...

GIOACCHINO ¿No llamó a su amo? Y su amo soy yo. Entonces, usted quédese aquí...:
(*Dirigiéndose a los otros*) A ver: ¿qué quieren de su amo? ¿De casualidad tienen alguna
orden para darle? Eso sería precisamente lo que dice el refrán: el burro monta a su amo...
¿Y se ha visto alguna vez algo así?

TURI Yo quiero saber cuándo la vas a cortar.

GIOACCHINO Ya mismo si querés.

NUNZIO No la va a cortar. Le gusta. Le gusta hacer camorra dejando afuera los demás.

TOTÒ Se aceptaría si los demás fueran lisiados.

RICU O si tuvieran vendadas las manos.

INCÓGNITO ¡Gioacchino!

LEONARDO ¡Por favor, no hagamos quilombo! Aquí tenemos que vivir en buena armonía.

NUNZIO Armonía no va a haber nunca si a este no lo acostamos. (*señalando a Gioacchino*)

GIOACCHINO ¿Si no me acuestan? ¿Querés ver si te acuesto a vos ahora?

TURI (*irónico*) Dejálo.

GIOACCHINO ¿Querés defenderlo vos acaso?

TURI ¿Y por qué no?

GIOACCHINO Y defendelo... (*Saca el cuchillo y lo mismo hace Turi*)

*Se enfrentan con cuchillo en mano, empieza la pelea. Desde el fondo, más allá de la
puerta, llega el grito del centinela.*

CENTINELA ¡Vamos!

*Se abre la puerta, entran los soldados apuntando con sus rifles. Pero la escena de repente
ha cambiado. Gioacchino y Turi tienen en mano unas varitas de madera, los demás,
sentados en los bancos, juegan a las cartas, Don Leonardo y el Incógnito leen el periódico.*

LEONARDO (*a los soldados*) ¿Qué pasó?

El patio de cárcel, como en el primer acto. Nunzio que pasea de un lado a otro, con los ojos puestos en la puerta del fondo, esperando. Está con miedo e impaciencia. Por fin aparece el carcelero, se le acerca, Nunzio camina hacia él.

NUNZIO ¿Informó? ¿Qué ha dicho?

CARCELERO Nada que hacer, usted se tiene que quedar aquí.

NUNZIO ¿Pero le dijo que aquí corro peligro?

CARCELERO Se lo dije. ¿Y sabe qué me respondió el comisario? “¿Y qué creía, que se iba de vacaciones?”. Y luego me dijo que el trabajo es trabajo y si usted lo ha elegido él no puede hacer nada: es más, dice que haga un esfuerzo para sonsacarle algo al caballero del catorce.

NUNZIO ¡Jesucristo, la cana no tiene ninguna consideración!

CARCELERO ¿Y por qué deberíamos tenerla por alguien como usted? ¿No le basta con haberse liberado de la horca?

NUNZIO (*viendo que Turi se acerca*) Está bien, váyase: y en cuanto llegue mercadería, me la acerca...

El carcelero, burlándose por lo bajo, sale.

TURI Lo estaba buscando.

NUNZIO Me encontró. ¿Qué pasa?

TURI Pasa que los muchachos están convencidos que usted es un espía, y quieren atenderlo... Y no se equivocan, dicho entre nos...

NUNZIO ¿Pero qué decís? ¿Cómo te permitís?

TURI Ahórrese esta escena. Es para quienes no lo conocen: yo, querido caballero, lo conozco. Sé quien es usted, desde el primer momento que entré a la Vicaría.

NUNZIO Pero si ayer estabas de acuerdo conmigo...

TURI ¿Qué acuerdo? Ayer tuvimos una pequeña desavenencia con el tío Gioacchino, y usted se metió en el medio para aprovecharse de eso. ¿Quiere un consejo, mejor?

NUNZIO A ver...

TURI Los muchachos se preparan para abalanzarse sobre usted como perros.... ¿Y sabe cómo son los perros? Le tirás un hueso y se pelean entre ellos para chupárselo.

NUNZIO ¿Y quién sería este hueso?

TURI Sería una veintena de escudos... Usted me los da a mí y yo me ocupo de distribuirlos.

NUNZIO ¿Y dónde los encuentro veinte escudos?

TURI Eso a mí no me importa.

NUNZIO (*desconcertado, desesperado*) Entendí... (*Sale*)

Minicu sale a la escena. Mira a Turi con desprecio, con sorna; y así lo mira Turi. Se miden con una mirada fija, y luego Turi se retira. Vuelve inmediatamente después con Gioacchino. Mientras tanto, Minicu tararea.

MINICU

Huevo de atún

si muere un papa con otro papa van

y los romanos más contentos están

GIOACCHINO Bravo, veo que tenés ganas de cantar.

MINICU ¿Y por qué no? Hoy me siento bien.

GIOACCHINO Esto quiere decir que hoy tiene dinero para pagar lámpara y pizzo.

MINUCU El dinero sí. ¿Pero si por casualidad no estuviera dispuesto a pagar?

GIOACCHINO Esta es una cosa que se suele decir.

MINICU Yo la digo y la hago.

GIOACCHINO Pero si ayer dijo...

MINICU Ayer estuve en ayunas, pero hoy mi mujer me trajo una buena hogaza de pan fresco...

GIOACCHINO Entiendo: quiere enturbiar el agua. ¡Y enturbiémosla!

MINUCU Cuando usted disponga, pero le digo una cosa: que mientras mi cuchillo esté afilado, no voy a pagar nada, ni pizzo ni lámpara, ni a usted ni al padreterno... Dígame pues si es a usted a quien debo pagar o si a alguien más; o bien me dice quiénes son los camorristas aquí, reúna a la sociedad y llámame para dar mis razones...

GIOACCHINO ¿Y por qué?

MINICU Porque quiero que sepan que en la sociedad tengo derechos, y que me toca una parte de cada ingreso: esos derechos me los gané con el filo de la navaja, con mi propia sangre; y así como los tuve en otras cárceles, los quiero aquí también.

GIOACCHINO Me acaba de hacer el discurso del burro... Porque su primer deber, al entrar aquí, era presentarte ante la sociedad y declararse, si es que es verdad que es socil: en lugar de eso, no se dio a conocer, pretendió ignorar las normas y la parla; y ahora, después de veinticuatro horas, se sale con la suya, con esta cosa improvisada y pretende ser reconocido por mí y por mis compañeros... Y entonces le digo que antes de ser admitido nosotros vamos a buscar información, y mientras tanto, como castigo, se quedarán solo como un loco, en su celda... La nuestra es una familia rigurosa: y estas salidas, estos chistes, no están permitidos.

MINICU ¿De verdad no me conoce o finge no conocerme?

GIOACCHINO ¿Quién lo vio?

MINICU ¿Palabra de honor?

GIOACCHINO Palabra de honor.

MINICU Y entonces, dígame: ¿hace seis años usted no estaba encarcelado en Nisida?

GIOACCHINO Allí estaba.

MINICU ¿Y en ese entonces el capo de la sociedad no era el tío Cicciu Torredifaro?

GIOACCHINO Justamente fue él quien me promovió.

MINICU ¿Y no se acuerda que estaba un muchacho de nombre Minicu?

GIOACCHINO Claro que me acuerdo: fui yo quien lo hizo admitir en la sociedad como recluta.

MINICU ¿Y por estos cuatro pelos de barba que tengo ya no me reconoce?

GIOACCHINO ¿Minicu?

MINICU ¡Minicu!

Se abrazan impulsivamente y se besan. Luego, apartándose para escrutarlo, Gioacchino piensa.

GIOACCHINO ¡Pero mirá vos! Otro tipo de contestura, otra cara...

MINICU Quien come pan crece, querido tío Gioacchino.

GIOACCHINO Es verdad.

MINICU Pero ayer, mientras estaba en la ventana, corrí a abrazarlo... pero usted se dio vuelta y me miró con tanta indiferencia... ¿Qué quiere? Me hirió.

GIOACCHINO No te había reconocido para nada.

Don Leonardo aparece en el borde de la escena.

LEONARDO (*tímidamente, sin acercarse*) Gioacchino, ¿le puedo decir una cosa?

GIOACCHINO Venga, venga, querido don Leonardo...

LEONARDO (*acercándose*) Debería decirle una cosa a solas.

GIOACCHINO Hable libremente, también Minicu es de los nuestros.

LEONARDO Se trata de esto: debajo del colchón tenía siete escudos y dos tarì de plata...

GIOACCHINO Y ya no están.

LEONARDO Exactamente.

GIOACCHINO (*levantando los ojos al cielo para implorar paciencia*) ¿Qué hay que hacer con este hombre bendito?... (*A don Leonardo*) ¡Falta solo que le afanen los zapatos de los pies mientras camina!

LEONARDO El tema es que estos muchachos tienen la mano ligera, mano rápida... Uno aparta los ojos por un momento y el trabajo ya está hecho.

GIOACCHINO Disculpe la pregunta: ¿pero usted cuántos años tiene?

LEONARDO Cincuenta y dos. ¿Por qué?

GIOACCHINO (*a Minicu*) ¿No es increíble que un hombre así haya podido vivir cincuenta y dos años?

MINICU Tal vez es como dice el refrán: a los burros y a los niños Dios los ayuda.

LEONARDO Y yo qué sería: ¿un burro o un niño? Y además, ¿qué hay de increíble en que haya llegado a vivir cincuenta y dos años?

GIOACCHINO Por lo simple de su mente, cincuenta y dos es la edad de Matusalén.... Un hombre como usted no puede vivir si la suerte no le ayuda... Y el proverbio que dijo Minicu, no lo tome como una ofensa: usted es un hombre culto, quizás leyó tantos libros como hay en el monasterio de San Martín... Pero entre la gente, usted, perdón por la expresión, no es ni más ni menos que un burro... O un niño, pero para decirlo más educadamente.

LEONARDO Es que yo, fuera de aquí, vivó entre personas que no suelen meterte la mano en el bolsillo ni debajo del colchón.

GIOACCHINO Usted de verdad que es como un niño: porque si tiene siete escudos y dos tarì en el bolsillo o debajo del colchón, tal vez -ojo, digo: tal vez- las personas entre la que ha vivido no le meten la mano, pero si tiene mil, debe creerme, las cosas cambian... Y si tiene cien mil, entonces se debe cuidar de su hermano, de su hijo, de su padre muerto y del propio hijo de Dios.

LEONARDO No tiene ni siquiera una buena opinión del hijo de Dios.

GIOACCHINO Lo digo por decir. El hijo de Dios no se ocupa de nuestros asuntos y tampoco nosotros de los de él... Respeto, procesiones, misas cantadas...: eso sí... Yo no sé qué piensa usted, que conoce tantos libros: esos que dicen que Dios no existe a mí me hacen reír... En todo caso, digo yo, hay que pensarlo como una apuesta: yo apuesto a que existe y usted apuesta a que no; pero uno está más seguro apostando que existe.

LEONARDO Bravo, piensa como Pascal.

GIOACCHINO No hablamos nunca: yo pienso como Gioacchino Funciazza, e Gioacchino Funciazza piensa como yo.

LEONARDO Pascal murió hace un par de siglos... Pero debo decirle que si apuesta por la existencia de Dios, entonces debe apostar algo más: las procesiones y las misas cantadas no bastan.

GIOACCHINO Bastan, bastan, se lo digo yo... Si Dios ha hecho el hombre a su imagen y semejanza, y si a un hombre le basta con que le muevas incienso delante de la cara, mientras por detrás le sacás la cartera sin que se dé cuenta, lo mismo hará Dios... Pero usted me hacer unos discursos... Lee han robado siete escudos y dos tarì... Ya me ocupo.

LEONARDO Le agradezco.

GIOACCHINO Pero guarde: pipa.

LEONARDO ¿Pipa?

GIOACCHINO Tabaco, si prefiere.

LEONARDO Pero, ¿qué quiere decir?

GIOACCHINO (*a Minucu*) Explicásele vos. (*Sale y se encuentra con Nunzio que entra en escena*)

MINICU (*a don Leonardo*) Cuando uno fuma la pipa y tiene la boca llena de humo, ¿qué hace?

LEONARDO ¿Qué hace?

MINICU ¿Habla?

LEONARDO No, no habla.

MINICU Y entonces pipa quiere decir silencio, y lo mismo tabaco.

LEONARDO Mirá vos... ¡No lo hubiera imaginado!

TURI Bien haría en estudiar nuestra lengua: si no, cuando salga de la Vicaría, la gente se quedará sorprendida... Burro fue y burro volvió, dirán.

LEONARDO Entonces han decidido que soy un burro... Tienen razón, me pongo a estudiar su lengua.

MINICU Y... Puesto que tuvo la suerte de conocernos...

LEONARDO Es así, esta fortuna no la tienen todos.

Mientras tanto, Nunzio le hace señas a Turi, para que se acerque. Don Leonardo se aleja y Minucu se acerca a la ventana. Turi se acerca y empieza a hablar con Nunzio.

TURI ¿Encontró los veinte escudos?

NUNZIO Si te alcanza, puedo darte siete.

TURI ¿Siete escudos?

NUNZIO Siete.

TURI ¿Y los dos tarì?

NUNZIO ¿Qué dos tarì?

TURI ¿Siete escudos y dos tarì, no? Esos que le afaná a don Leonardo.

NUNZIO ¿Yo?

TURI Basta. Deme los siete escudos y los dos tarì: se los doy a tío Gioacchino.

NUNZIO ¿Pasan como si fueran veinte?

TURI Esto lo decide tío Gioacchino. *(Sale)*

NUNZIO *(angustiado, asustado, se acerca a Don Leonardo)*. ¿Qué tiene usted? Parece desconcertado.

LEONARDO ¿Yo? Nada. Usted, más bien, me parece que está desconcertado.

NUNZIO Estoy mal, me da vuelta la cabeza... pero usted también debe tener algo.

LEONARDO Yo tengo que me robaron la plata que tenía debajo del colchón. Pero lo hablé con Gioacchino y él se está ocupando.

NUNZIO *(con una mueca de desprecio)* ¿De verdad?

LEONARDO ¿No me cree? Gioacchino en este tipo de cosas es preciso, un hombre de palabra...

NUNZIO De ingenuos como usted nace uno cada mil pascuas.

LEONARDO Para ese *(señala a Minicu)* soy un burro, para usted, un ingenuo: muy amable...

NUNZIO No se ofenda... Usted cree que Gioacchino va a recuperar su dinero, pero yo sé que fue justo Giacchino quien lo robó.

LEONARDO ¿Gioacchino? No puedo creerlo.

NUNZIO Lo he visto con estos ojos. *(Se lleva a los ojos el dedo índice y el medio en forma de V)*. Si no quiere creerlo está bien, contento usted, contentos todos *(Sale)*.

LEONARDO ¡Qué difícil! Aquí estamos de verdad en un círculo del infierno de los ladrones: ladrones que se convierten en serpientes, las serpientes que son ladrones... ¡Y yo que debo estar en el medio de todo esto! *(Habla en voz alta)*.

MINICU *(a Leonardo)* ¿Qué le pasa?

Don Leonardo está por responder, pero entran en escena Gioacchino y el Incógnito.

INCÓGNITO Puede retirar el colchón, ya me lo mandaron de casa.

GIOACCHINO Pero no, vuestra excelencia puede tenerlo: puede ponerlo debajo del que le acaban de mandar, así está más cómodo.

INCÓGNITO Le agradezco... Y, dígame, ¿cómo terminó la cosa con sus amigos?

GIOACCHINO ¿Y cómo podía terminar? De vez en cuando intentan el cabezazo, el golpe de fuerza: pero no tienen ni cabeza ni fuerza... El mando es el mando... Recuerdo en 1948: la revolución, el parlamento, tantas hermosas cabezas con tantos hermosos pensamientos, cada cual quería su derecho... Pero llegó Satriano, que era toda una cabeza, y medio parlamento, con el rabo entre las piernas, fue a lamerle las manos... El mando es el mando, excelencia.

INCÓGNITO (*rígido, disgustado*) Al parecer, usted no está a favor de la revolución.

GIOACCHINO ¿Yo? ¡Yo siempre estoy a favor de la revolución! Quienquiera que la haga, por la razón que sea, por cualquier parte... (*Asumiendo una expresión soñadora*) ¡Oh sí, las revoluciones son lindas!

INCÓGNITO ¿Y cómo concilia el amor por la revolución con la admiración por Satriano, que vino a reprimirla?

GIOACCHINO Yo no concilio nada, excelencia; no admiro a nadie; no me importa quien gana, quien pierde. Lo que me gusta, de la revolución, son las puertas abiertas, la cana que se va y se aconeja, el movimiento del "salí de aquí, que me pongo yo"... Pero si luego la revolución no entiende que el mando es el mando...

Don Leonardo, que ha seguido la conversación desde atrás, se acerca.

LEONARDO Disculpen que me inmiscuya: pero, si entendí bien, Gioacchino tiene una especie de idea sobre la legitimidad de la fuerza; e impropriamente dice comandar...

GIOACCHINO (*dándose vuelta, enojado como una víbora*) Usted debe dejar de lado esta costumbre de escuchar las conversaciones ajenas; es un vicio perjudicial para la salud...

El Incógnito hace un gesto para interrumpirlo.

INCÓGNITO (*a don Leonardo*) ¿El profesor Vacerca supongo?

LEONARDO Para servir a su excelencia.

INCÓGNITO Me enteré de su detención. Luego, cuando me agarraron a mí también, pensé que en la desgracia me encontraría por fin con usted...

LEONARDO Un honor, para mí.

INCÓGNITO (*a Gioacchino*) El profesor es una gloria de nuestras letras...

GIOACCHINO Lo sé, escribe para todos los presos de la Vicaría...

El Incógnito y don Leonardo estallan en carcajadas. Gioacchino asume una expresión de desconfianza.

INCÓGNITO No sólo por eso. El profesor escribió también unos libros.

LEONARDO En el fondo Gioacchino tiene razón: la gloria mayor de mi saber escribir está en el hecho de que, por una vez, aquí adentro, lo que escribo efectivamente es útil para alguien.

GIOACCHINO Entonces escribió unos libros... ¿Y qué libros?

LEONARDO Así...

GIOACCHINO Que fuera una persona instruida podía verlo, pero esto de los libros... ¿Sabe que a partir de ahora lo voy a mirar con otros ojos?

MINICU Eso dijo él que tenía un ojo mocho.

Gioacchino hace el gesto de darle una patada. Todos se ríen, y él también.

GIOACCHINO A Minicu le gusta bromear. Siempre fue así, desde que era pibe. Pero en asuntos serios... Ya se ocupó de un par de cosas...

LEONARDO ¿Un par de qué?

GIOACCHINO (*mirándolo con cara de burla*) De pieles...

LEONARDO (*que no entiende*) Ah, pieles de animales, qué bien, bravo, ¿y dónde, dónde?

GIOACCHINO (*intercambiando una mirada risueña con el Incógnito, con indulgencia irónica*) En el bosque de la Ficuzza.

LEONARDO Pero en el bosque de la Ficuzza me parece que no hay animalitos peludos, de esos que dan pieles elegantes... Liebres, conejos, algún jabalí...

GIOACCHINO (*explotando*) Puede haber escrito los evangelios del Señor, debe perdonarme, pero se lo debo decir: de las cosas de la vida no entiende un... (*Se pone tapa la boca con la mano y se dirige ante al Incógnito*) Perdóneme también usted, excelencia.

El Incógnito sonríe, divertido. Don Leonardo tiene una mirada perpleja.

LEONARDO Las pieles, las cosas de la vida: ¿pero de verdad no entiendo nada?

INCÓGNITO Pero no, querido profesor, no es así... Es que ellos hablan de manera figurada: piel quiere decir vida, la vida de una persona...

LEONARDO *(con un escalofrío)* ¡Madre mía!

GIOACCHINO ¿Pero qué tiene? ¿Se olvidó que estamos en la Vicaría?

LEONARDO Tiene razón: tuve amnesia por un momento.

GIACCHINO Disfrute de la vida, tómela alegremente... *(Se mete la mano en el bolsillo y saca un puñado de monedas)* Tome, se me olvidaba: aquí sus siete escudos y dos tarì, se los consiguió Turi.

LEONARDO ¿Quién me los había robado?

GIOACCHINO Alguien cometió el pecado, pero el nombre del pecador debe ser callado: esa es la regla... Turi también es honesto, respetuoso... A veces se confunde y le entra la manía de ocupar mi lugar: pero luego reflexiona, razona; y todo vuelve a su lugar.

LEONARDO ¿Y cuántas pieles se ha hecho?

GIOACCHINO ¿Turi? El número se perdió... Tiene sus habilidades, sabe... Pero todos ellos, a decir verdad, son buenos muchachos... Claro, son ignorantes: ¿qué se le va a hacer? Por eso, si alguien empieza a sembrar la discordia, se muerden la cola, se enojan. Eso es lo que pasó ayer... *(Al Incógnito)* Hay uno, aquí, la cana lo mantiene a propósito, para crear babilonias entre nosotros y para espiar a gente como su excelencia, como Don Leonardo... Se hace llamar caballero, dice ser el hermano del cónsul de España... Y este personaje se las ingenia para poner a los muchachos en mi contra.

INCÓGNITO Es bueno saberlo.

GIOACCHINO Pero su excelencia no se debe preocupar, nosotros nos encargamos... Antes estaba por ahí: tenía una cara que no lee puedo decir. Una cara de muerto.

LEONARDO Me dijo que se sentía mal, que la cabeza le daba vueltas.

GIACCHINO ¿La cabeza le daba vueltas? *(Tiene una idea repentina y se dirige a Minicu)* Llamame a Turi: le quiero preguntar cómo está nuestro caballero, si necesita algo... *(Minicu sale de la escena)* Después de todo, él también es una criatura. *(Con ironía)* ¿No es así, don Leonardo? Si necesita ayuda, hay que dársela.

LEONARDO Es justo... *(Al Incógnito)* A mí, Gioacchino, por ese fondo de bondad natural que tiene, de generosidad, de sentido de la justicia...

Llega Turi con Minicu. El discurso que ahora pronuncia Giacchino es alusivo. Tiene el propósito de darle instrucciones a Turi: y Turi las ejecuta a la perfección, como se verá por el efecto provocado.

TURI A las órdenes, tío Gioacchino.

GIOACCHINO El caballero, ¿dónde está el caballero ese?

TURI Fue con los demás al bastión, a tomar el aire...

GIOACCHINO ¿Y cómo se siente?

TURI Me parece que no está tan bien.

GIOACCHINO A don Leonardo, aquí mismo, le dijo que la cabeza le daba vueltas: no quisiera que se mareara justo cuando está allí arriba... El bastión es peligroso: con ese parapeto tan bajo... *(Turi está atento, concentrado, con los ojos entrecerrados)* Hay que cuidarlo: no me gustaría que le pasara algo malo... ¿Entendés?

TURI Entendido.

GIOACCHINO ¡Dios no quiera! Una caída desde allá arriba y perdemos la compañía de ese caballero... Andá... *(Turi se encamina)* Eh... Turi, escúchame... Luego venite con todos los muchachos, así jugamos a los naipes...

TURI Está bien. *(sale de la escena)*

El Incógnito lo agarra del brazo a Don Leonardo mientras que Gioacchino se aleja discretamente y se junta con Minicu.

INCÓGNITO Sí, usted tiene razón: Gioacchino tiene un fondo de bondad, de generosidad; y coraje también, inteligencia, sentido común... Las cualidades de un jefe hecho y derecho.

LEONARDO El problema es que no conoce otro derecho que la fuerza: y habla de matar como si matar fuera un deporte, un juego...

INCÓGNITO No obstante, en Gioacchino y en sus amigos, hay un atisbo, diría yo, de conciencia jurídica, una inspiración de justicia... En efecto, en el vacío del derecho, en el vacío del Estado, ellos fundaron un derecho primitivo, sangriento...

Se alejan hacia el fondo de la escena, mientras Gioacchino y Minicu preparan los bancos y los naipes para el juego. En un momento dado, Minicu echa un vistazo para ver si los dos se han alejado lo suficiente y le dice a Gioacchino.

MINICU Tío Gioacchino: ¿qué hacemos con el caballero ese?

El índice y el medio, juntos y adheridos, salen disparados del puño cerrado de la mano derecha, describen un breve giro anti horario. Quiere decir “muerte”.

GIOACCHINO Eh, sí: con la llegada de su excelencia, la cosa se pone seria; en estos últimos tiempos, ahorcan a los gentilhombres como si nada.

MINICU Me pregunto y me digo: ¿cómo es posible que uno como su excelencia llega aquí? Con los parientes poderosos que tiene, con sus propias riquezas...

GIOACCHINO Las ideas, querido, las ideas.

MINICU ¿Y qué son estas ideas?

GIOACCHINO Sería como decir un pensamiento: un pensamiento en el que uno se fija, y sigue con esa fijación sin considerar las amargas que pueden sobrevenir.

MINICU Una especie de locura, entonces.

GIOACCHINO No, no es un tipo de locura: si no, entonces deberíamos decir que todo es locura, incluso el vivir mismo... Te hago un parangón: el honor. ¿Qué es el honor? El honor también es una idea... Pensándolo fríamente, una locura... ¿Pero alguien que pierde el honor puede andar caminando descaradamente entre la gente? Mejor la cárcel, mejor la muerte...

MINICU Pero en el caso de su excelencia la vergüenza no tiene nada que ver. Si defiende la idea que tiene, y por la que lo encerraron aquí en la Vicaría, o si disfruta tranquilamente de su riqueza, la gente siempre lo va a respetar.

GIOACCHINO Yo te expliqué qué es una idea... la idea en política es distinta de la idea del honor, pero al final, en un caso como en otro, es igual: debajo está que uno quiere mandar.

MINICU Mandar es lo mejor. *(Riendo pícaramente)*

Se oye un golpe estruendoso a la izquierda; y luego un grito, de varias voces juntas. El Incógnito y don Leonardo vuelven a la escena.

LEONARDO *(a Gioacchino)* ¿Escuchó? ¿Qué pasó?

GIOACCHINO Yo aquí estoy, como usted.

Llegan Turi, Totò y Ricu.

TURI *(a Gioacchino)* Don Nunzio se tiró del bastión... Lo dejé por un momento: y se arrojó como una piedra...

GIOACCHINO Te lo había dicho, tenías que quedarte cerca de él.

TURI Y... estaba cerca de él: pero tuve que alejarme un momento, lo dejé con Totó...

TOTÒ Yo no sabía que hoy no se sentía bien, que estaba mareado.

LEONARDO ¡Qué casualidad! ¡Gioacchino tiene le sentido de la adivinación!

GIOACCHINO No es la primera vez que me pasa: huelo a aquellos que están marcados por la muerte, así... *(Levanta la cabeza olfateando el aire)*

LEONARDO Un fenómeno, usted es verdaderamente un fenómeno.

GIOACCHINO Usted también.

LEONARDO ¿Yo?

Se oye el sonido de una campana que se acerca: el carcelero abre una puerta con barrotes desde afuera de la escena y deja entrar a un sacerdote que, precedido por un preso que agita la campana, lleva el cáliz recubierto. Otros presos lo siguen. Gioacchino, Minucu, Tuti, Totò y Ricu se arrodillan; don Leonardo y el Incógnito se quedan de pie.

TOTÒ (*alarmado, al carcelero*). ¿Qué pasa, está vivo?

CARCELERO ¿Y yo qué sé?

MINICU (*a Gioacchino*) Tío Gioacchino, ¿por qué no se arrodillan? (*señala al Incógnito y a don Leonardo*)

GIOACCHINO (*con un gesto de indiferencia*) Ideas...

Se levantan, y Totò se acerca rápido a Gioacchino, ansioso, con miedo.

TOTÒ Tío Gioacchino, ¿y si aún está vivo?

GIOACCHINO Si sigue vivo, lo volvemos a matar. Mientras que confiese todo, que le diga todo al cura, pues que debe tener una lista de pecados de aquí hasta María Santísima. (*Lo mira fijamente*)

Totò se serena ante la mirada de Gioacchino.

TURI No somos nada. ¿Qué es la vida?

RICU ¡Nada, somos!

LEONARDO ¡Ese pobre caballero!

TURI Ayer lleno de vida, que comía y bebía...

MINICU Y ahora agonizando.

TOTÒ ¿Qué agonía? Muerto tenés que decir. Con ese vuelo tenía que llegar al piso seco como un bacalao.

MINICU Digamos muerto, que en paz descanse.

Vuelve la pequeña procesión, el cura encabeza y detrás van los detenidos que llevan el cuerpo de Nunzio.

Totò (*ansioso, dirigiéndose al carcelero*) ¿Palmó?

CARCELERO Seco como el bacalao.

Todos están de rodillas, como en la escena anterior, salvo el Incógnito y don Leonardo. Luego se persignan, se levantan.

RICU A mí los muertos no me impresionan: pero cuando pasa el Santísimo se siento el corazón negro como la brea.

TURI Mmm... ¿Saben en qué estoy pensando? ¿Por qué no hacemos una pequeña fiesta entre nosotros?... Para sacarnos la pena de encima por la desgracia de ese pobre caballero.

TOTÒ ¿Qué dice, tío Gioacchino?

GIOACCHINO ¿Una fiesta? Justo una fiesta no me parece... Pero un pequeño recreo, una comida todos juntos...

RICU Y un buen refresco...

MINICU Y si ustedes me permiten, invito yo...

GIOACCHINO Está bien... (*Acercándose ceremoniosamente al Incógnito y a don Leonardo*) Vuestra excelencia, y también usted, don Leonardo... Miren: no lo tomen como una falta de educación, pero a los muchachos y a mí nos gustaría tener el honor de que nos acompañen en la mesa...

LEONARDO ¿Hacen un banquete? ¿Con don Nunzio muerto?

INCÓGNITO (*a don Leonardo*) ¿Ve cómo sigue viva en ellos el alma de los antiguos griegos? Un banquete fúnebre, querido profesor... (*A Gioacchino*) Aceptamos la invitación, y les agradecemos.

Segunda parte

La misma plazoleta, en el barrio de la Alberghiera, donde están las casas de Gioacchino y de Pasquale. Hacia la derecha, frente a la casa de Pasquale, está un pequeño escenario de madera cubierto de banderas engalanadas, una detrás de otra y en forma de abanico (banderas con el escudo y la corona de la casa Saboya). Gioacchino, vestido de terciopelo oscuro, con pajarita, camina de un lado a otro, con cierta impaciencia, como esperando. Y, en efecto, desde el fondo del escenario llega Ricu.

RICU Beso sus manos, tío Gioacchino... *(se arroja arriba los escalones del escenario, suspirando)*. Madre mía, ¡qué cansado estoy!... ¡Qué noche, querido tío Gioacchino!...

GIOACCHINO ¿Salió todo bien?

RICU Muy bien... La pasaron bomba, y ni le digo lo que morfaron y chuparon toda la noche: no se puede creer... Y yo nada, nada...

GIOACCHINO *(incrédulo)* ¿De verdad?

RICU ¡Dios! A decir verdad, algo morfé, pero vino, ni una gota. Por el alma de mi madre.

GIOACCHINO ¡Pero si tu madre está viva!

RICU ¿Qué tiene que ver? En algún momento va a morir; y alma, alma tiene. Un alma que ni le cuento, tío Gioacchino: limpia y derecha como una hoja de un cuchillo.

GIOACCHINO Eso mismo, como una hoja de un cuchillo... Pero olvidemos el alma de tu madre, que es un asunto que ella y vos conversarán con el padreterno. Más bien, contame cómo salió la cosa.

RICU Entonces: los hice morfar y chupar toda la noche. Lo que quisieran. Luego, los ubiqué de a tres. En el medio, los mamados, agarrados de los brazos de los que estaban mamados un poco menos; abrí la puerta, que estaba cerrada con cuatro llaves, y nos fuimos... Cuando llegamos el colegio electoral aún estaba cerrado... El presidente de mesa, que es del partido de su excelencia, cuando habilitó la urna, al verme con toda esa muchachada, se alegró: “desde la mañana se ve que es un buen día”, me dijo.

GIOACCHINO ¿Algún inconveniente?

RICU Nada. Un tipo tenía dos boletas en en el bolsillo: la de su excelencia y la del abogado Duina. Pensó que podía engrupirme. Pero ya los había revisado a todos antes de salir.

GIOACCHINO Che, ¿y le afanaste algunas monedas también, como solés hacer?

RICU ¿Pero usted me quiere pisar la cara?

GIOACCHINO Es que te conozco; el lobo pierde el pelo... Entonces tenía dos boletas. ¿Y vos qué hiciste?

RICU Agarré la del abogado Duina y le di una paliza, pero chiquita, sólo para enseñarle a vivir y dar el ejemplo. Se puso a llorar, estaba medio borracho, y me dijo: "Ricuzzu, tenés razón, pero no lo traicionaría a su excelencia, ni siquiera si me damnifica".

GIOACCHINO ¿Qué es eso de damnificar?

RICU La tierra; dicen que si el abogado Duina gana, hace dividir las tierras... ¿Será verdad?

GIOACCHINO Los cuernos hace dividir... Bravo, hiciste bien. (*Vuelve a pasear*).

Ricu se deja caer arriba de una grada del escenario y cierra los ojos.

RICU (*de repente*) ¡Tío Gioacchino!

GIOACCHINO (*dándose vuelta*) ¿Qué hay?

RICU ¡El pueblo soberano! (*Estalla a reír, se contorsiona con su risa, ríe hasta llorar*)

GIOACCHINO (*severo*) ¿De qué te reís?

RICU (*riendo*) Usted no los vio a la mañana: mamados, delante de la urna, la boleta en la mano, bien a la vista, no quería que me engañaran a último momento: parecían pasteles de Pascua... ¿Esta farsa se hará cada cuatro años?

GIOACCHINO No es una farsa y vos aún tenés que aprender a hablar. Ahora el pueblo es el soberano, es así. Te lo explico: ¿qué soy yo? ¿Qué sos vos? ¿Acaso no somos pueblo nosotros también?... Su excelencia para ir a Roma, para gobernar, nos necesita a nosotros y nosotros lo mandamos allí.

RICU Pero yo y usted ni un voto tenemos.

GIOACCHINO ¿Y qué tiene que ver? Hacemos votar a los demás. Tu voto y el mío son dos, en cambio a la mañana hicimos votar a ochocientas personas. Ochocientos votos para su excelencia... Satisfacciones como esta, antes de Garibaldi, vos y yo antes podíamos soñarlas.

RICU ¿Y qué comemos, satisfacciones?

GIOACCHINO ¿Por qué, te falta el pan?

RICU El pan, no y, la verdad, ni el queso.

GIOACCHINO Tampoco el cigarro.

RICU Y tampoco el cigarro... Pero hay algo que no me cierra... No lo digo por mí sino por la gente... La revolución, en suma... Tal vez no lo sé explicar.

GIOACCHINO No, no lo sabés explicar.

RICU Me parece que es como dice el proverbio: gavilla de trigo sembrada, gavilla segada.

GIOACCHINO (*a punto de enojarse*) ¿Quién dice eso?

RICU La gente.

GIOACCHINO ¡Y dale con la gente! La gente no existe, bestia, existen las personas: las que saben hacer y las que no saben hacer, las que tienen coraje y las que no tienen, las que tienen honor y las que el honor no sabe donde queda... Los astutos, los imbéciles, los cornudos, los traidores, los ladrones de calle, los ladrones de salón... Y luego pasa que los astutos se juntan con los astutos, los cornudos con los cornudos...

RICU Los ladrones de calle con los de salón: y hacen la revolución.

GIOACCHINO Y las bestias, bestias son, como vos.

RICU Usted tiene razón, pero a veces la gente me da pena.

GIOACCHINO (*disgustado*) ¡La gente! (*Escupe*)

Una pausa.

RICU ¿Qué hace su excelencia a esta hora, duerme?

GIOACCHINO Lo fui a ver hace media hora; estaba en la cama pero estaba tomando café.

RICU ¿Y usted tomó café?

GIOACCHINO En la casa de su excelencia, justamente... Entendí... (*dirigiéndose hacia la casa*) Carmela, Carmela...

Carmela sale.

RICU Buen día, tía Carmela.

CARMELA (*molesta*) ¿Tía? ¿Del lado materno o del lado paterno?

RICU ¡Madre mía, qué carácter! ¿Cómo debo decirle?

CARMELA Dado que hay confianza, decime señora.

RICU (*irónico*) ¿Y si no hubiera confianza cómo debería decirle? ¿Excelencia, alteza, majestad?...

GIOACCHINO ¡Basta! Vos sos una idiota, y vos un maleducado.

CARMELA Y cómo, si es maleducado... (*A su marido*). No digas que soy una idiota si no...

Carmela se retira, mientras Ricu dice a los gritos.

RICU No le ponga estricnina, a partir de ahora le diré doña Carmela.

GIOACCHINO Pará.

RICU ¿No se puede hacer ni un chiste?

GIOACCHINO Hacer chistes con una mujer es tiempo perdido: es como hacer chiste con una cabra... Entonces... su excelencia estaba muy contento, pero también muy preocupado; teme que alguno de ustedes pueda hacer una bestialidad, algún paso en falso. Y yo también pienso lo mismo...

Una pausa.

RICU (*tímidamente*) Tío Gioacchino: ¿para qué su excelencia se metió con esto de la revolución?

GIOACCHINO Por Dios, ¡qué estúpido que sos!

RICU ¿Ni una pregunta puedo hacer?

GIOACCHINO ¿Pero qué pregunta, ni qué pregunta? Metete en tus asuntos y no mires ni a la derecha ni a la izquierda.

RICU Es que querría entender. Usted entiende, y por eso tiene un pedazo de tierra, su hijo está en el seminario... ¿qué daño hace si yo también quiero entender?

Gioacchino lo mira sombrío. Está a punto de explotar. Pero llega Pasquale con un gran rollo de papel al hombro, contento y apurado.

PASQUALE Lo hice, tío Gioacchino, lo hice... Requirió toda mi habilidad, sabe; y también, modestia aparte, mi coraje... El obrero no quería hacerlo; me dijo “te lo hago a la noche”, y entonces fui a hablar con el dueño de la imprenta y le dije: “Don Gioacchino”, porque cuando hablo con los demás, y me refiero a usted, digo: “Don Gioacchino”... “te manda a imprimir este afiche, hacelo ya”; y el dueño bajó a hablar con el obrero. Éste es del partido contrario, y lleno de bronca, empezó a laburar; y cuando me dio los carteles, ¿sabé lo que me dijo? (*Gioacchino lo mira con indiferencia, sin curiosidad. Pasquale se dirige a Ricu*) ¿Sabés lo que me dijo?

RICU (*con compasión, con ironía*) ¿Qué te dijo?

PASQUALE A decir verdad, no debería decirlo porque sé cómo se calienta tío Gioacchino y que tiene la capacidad de salir disparado como una bala de cañón para ir a ubicarlo a ese laburante malcriado... Me dijo: “Tomá, cornudo, cornudo don Gioacchino Funciazza y cornudo tu amo”, se refería a su excelencia. Y entonces, ¿qué quieren?, no pude evitarlo: lo agarré a patadas y lo dejé como un trapo viejo. (*Gioacchino se queda mirándolo con indiferencia. Pasquale, maravillado, insiste*) ¿Oyó lo que dijo el hombre? “Tomá, cornudo, cornudo don Gioacchino...”.

GIOACCHINO He oído... Mostrame los afiches.

Pasquale ubica los afiches en el piso de espalda al público. Se inclina hacia adelante y con ese gesto muestra que tiene estampada la huella de un zapatazo en su parte trasera. Gioacchino y Ricu la ven y se miran con complicidad.

RICU (*a Pasquale*) ¿Y el laburante no hizo nada, no reaccionó?

PASQUALE ¿Conmigo? ¿Me estás jodiendo? Si hubiera reaccionado así (*señala con el pulgar una pequeña parte del meñique*) le habría comido el hígado, le habría comido...

GIOACCHINO ¿Y entonces quién te dio esa linda patada en el trasero?

PASQUALE (*poniéndose derecho*) ¿Tengo la marca de una patada? ¿Entonces ese hijo de perra reaccionó?... Lo voy a matar, por Dios... ¿Una patada a mí? (*Sale disparado*)

Turi, Micu y Totò se acercan y lo retienen.

TURI ¿Dónde vas? ¿Qué te pasó?

GIOACCHINO Va a que le den otra patada... Dásela vos así queda todo entre nosotros.

Turi agarra a Pasquale y le da una patada suave. Pasquale agarra los afiches y los envuelve de nuevo; luego entra a una casa y sale con una olla pequeña llena de pegamento. Mientras Gioacchino y los recién llegados tienen este diálogo.

TURI, MINICU, TOTÒ Buen día, tío Gioacchino. *(A Ricu, que está sentado en una grada del escenario) ¡Salute!... (Ricu responde con un gesto y dice) Buen día a ustedes. ¿Novedades?*

MINICU Todo bien.

TURI Nada: uno de los nuestros se peleó, intervino la cana y... como tenía un cuchillo en el bolsillo...

GIOACCHINO ¿Qué les había dicho? Nada de peleas, nada de cuchillos...

TURI Siempre hay alguien que quiere hacer las cosas por su cuenta... a su manera... pero en este caso lo provocaron.

GIOACCHINO Provocación o no... Pero bueno, esperemos que su excelencia esta misma mañana quiera decirle algo al comisario... *(A Totò) ¿Y en su barrio?*

TOTÒ Orden perfecto.

MINICU *(señalando a Ricu que casi dormido).* ¿Y este qué ha hecho, alguna tontería?

GIOACCHINO *(irónico)* No, está pensando.

TURI ¿Piensa? ¿De verdad?

RICU Alguna vez me pasa. A vos, nunca, por lo visto... Pero justo ahora no estoy pensando: me muero de sueño, y espero que tía Carmela me dé una tacita de café... *(Grita, con tono de suplicante ironía, con acento nasal, de clase alta)* Señora Carmela, ¿está listo el café?

CARMELA *(asomándose al balcón, mientras Turi, Minicu, Totò y el mismo Gioacchino se ríen desfachadamente)* Está listo, está listo... Y no hay nada de qué reírse... Por una vez que ha mostrado un poco de educación ustedes se ríen. Todos ustedes deben acostumbrarse a ser educados, respetuosos... *(Señalando al marido con el índice)* Y vos también, que a veces das un muy mal ejemplo... Dale, véngan a tomar el café...

Ricu y los demás entran a la casa de Carmela. Fuera se quedan Gioacchino y Pasquale. Pasquale se ubica el rollo de afiches en el hombro izquierdo, agarra la olla llena de pegamento que estaba en el piso y se acerca a Gioacchino.

PASQUALE Tío Gioacchino, ¿puedo ir a pegar los afiches?

GIOACCHINO ¿Y qué esperás?

PASQUALE (*está a punto de irse, y vacilante, emocionado, suplicante*) Tío Gioacchino, ¿puedo preguntarle algo?

GIOACCHINO Preguntá...

PASQUALE ¿Se va a enojar?

GIOACCHINO No me voy a enojar. Hoy estamos de fiesta y es fiesta para todos. Dale, hablá.

PASQUALE ¿Me deja entrar?

GIOACCHINO ¿Dónde?

PASQUALE Usted me entiende... (*vacilando*) en la sociedad.

GIOACCHINO ¿Qué sociedad?

PASQUALE Ya está, ya está bromeando... (*Casi llorando*) ¿No le parezco un hombre de honor? ¿No estoy siempre a su servicio? ¿No me ha encargado tareas delicadas y yo las llevé a cabo?

GIOACCHINO Claro que sí. (*Con paciencia*) Mirá, la cosa es que la sociedad no existe.

PASQUALE (*siempre con voz llorosa, como un niño*) No me diga eso, tío Gioacchino... Existe, sé que existe...

GIOACCHINO No existe, pedazo de burro...

PASQUALE Se enoja, vio...

GIOACCHINO No, no me enojo... Pero vos tratá de entender... Hace mucho, antes de la revolución, la sociedad, lo admito, existía... Existía porque estábamos fuera de la política, fuera del Estado... Ahora estamos adentro y entonces, ¿qué sentido tiene hacer una sociedad entre nosotros? Ahora todos, todos nosotros integramos una sociedad: vos, yo, su excelencia, el presidente del banco, el comisario, la cana...

PASQUALE La sociedad es más grande, es distinta... pero existe.

GIOACCHINO (*decidido, amenazador*) No existe.

PASQUALE (*con un suspiro de resignación, de pesar*) Sí, lo entiendo: nunca he estado en la Vicaría, todavía no he acuchillado a nadie... Pero no es que me falte coraje: espere a que se presente la ocasión y verá de qué soy capaz... (*Los demás salen de la casa de Gioacchino y Carmela. Pasquale se les acerca y les susurra al oído*) La sociedad existe, es inútil negarlo, existe... (*Se aleja rápidamente, esquivando la patada de Gioacchino; sale*)

TURI (*indicando a Pasquale, que desaparece, y dirigiéndose a Gioacchino*). ¿Qué tenía?

GIOACCHINO La historia de siempre, quiere entrar a formar parte de la sociedad.

TOTÒ ¿Y por qué no lo probamos?

TURI ¿Una prueba? Pero si no tiene agallas... Dios te libre. Lo llamás para hacer una cosita y o muere de miedo o te lleva directamente a la Vicaría.

MINICU A propósito de cositas... Ya lo hablé con ellos dos (*señala a Turi y a Totò*), pero la decisión debe tomarla usted. Me dijeron que esta noche en la casa de campo del barón Zarbo, allí en San Lorenzo, no habrá nadie; y usted sabe cuán rico es el barón, y lo que tiene allí, en la casa. Podemos hacer una cosita tranqui, sin peligro...

GIOACCHINO No.

TURI Pero... tío Gioacchino.

GIOACCHINO No.

MINICU ¿El barón es amigo nuestro?

GIOACCHINO No.

TURI Tío Gioacchino, con respeto se lo digo, pero usted este "no" tiene que explicárnoslo.

GIOACCHINO Esta no es la primera vez, pero es la última que les explico algo. A partir de ahora, nada de explicaciones; quienes quieran explicaciones, que las busquen en otra parte: en la Vicaría, que como saben sigue allí, con sus rejas, sus candados, sus carceleros y todo lo que había antes; allí o entre las almas santas del purgatorio, si es que una vida sin explicaciones no les gusta... A partir de ahora quien quiera seguir en esto tiene que aceptar las cosas y obedecer y ya está.

TURI Y usted va a mandar, no hace falta decirlo.

GIOACCHINO Vos sos un pibe despierto.

TOTÒ Y... seguimos siempre en el mismo punto.

GIOACCHINO ¿Y en qué otro lugar querrías estar? Pero pasemos a la explicación... Esta bestia de aquí (*señala a Ricu*) hace un momento me preguntaba por la revolución... La revolución, métanselo bien en la cabeza, ha sucedido; nosotros estamos aquí, lejos de la

Vicaría y del hambre, estimados por los que están arriba y respetados por todos los demás, incluidos los polis, porque ha sucedido la revolución... Y quiero hacerles una pregunta: antes, un hombre como su excelencia, ¿cuándo nos necesitaba?

MINICU Cuando quería sacarse de encima un marido celoso.

TURI O cuando quería ordenar a algún maleducado.

RICU O para emplearnos como muchachos de la seguridad.

TOTÒ O para que le cuidáramos la propiedad.

GIOACCHINO Muy bien... No nos consultaba para que lo recomendáramos como ministro ante el rey Fernando o el rey Francisco, ¿verdad?

TURI Es así, no nos consultaba.

GIOACCHINO (*solemne*) Y ahora viene y nos consulta.

El asombro de los cuatro es igual a la satisfacción de Gioacchino. El primero que toma la posta es Minicu.

MINICU ¿Y entonces?

GIOACCHINO ¿Y entonces? Y entonces ustedes lo saben: en Palermo hace calor y en Turín, dicen, hace frío. Palermo está más cerca del sol que Turín... Su excelencia es como un sol, y nosotros estamos cerca de él.

TURI Está bien, pero...

GIOACCHINO Pero basta con tener el juicio ordenado y tener siempre presente esto: que un golpe de pluma de su excelencia, una palabra suya, pueden darles mucho más que todo lo que pueden arañar en casa del barón Zarbo; y sin peligro, y tal vez hasta con la ley de parte de uno... Igual, cuando se presenta la ocasión, se entiende, uno se olvida y araña, para no perder el ejercicio...

TURI La casa de campo del barón Zerbo está servida.

GIOACCHINO No digo que no, pero ahora no es el momento: últimamente ustedes estuvieron demasiado cerca de su excelencia... Y siempre puede suceder una desgracia: alguien que espía, una patrulla que pasa por allí; o los agarran... Todos somos amigos de su excelencia: nosotros y los polis; ellos son devotos de su excelencia, pero eso no significa que hayan dejado de ser polis... Y si agarran a alguno lo tiran en la Vicaría. No sería nuevo, pero a su excelencia lo comprometería.

RICU Incluso los jueces tienen devoción para su excelencia.

GIOACCHINO Sí, de acuerdo: pero a veces tienen un precio que su excelencia no quiere pagar... Ustedes los conocen, los jueces.

MINICU Usted tiene razón.

TURI Es así.

TOTÒ Exacto.

RICU Usted tiene una muy linda cabeza, tío Gioacchino. ¿Quién podía suponer que nuestra presencia en la Vicaría compromete a su excelencia?

GIOACCHINO Y... Ustedes lo saben, ahora cualquier sinvergüenza puede escribir lo que quiere en los periódicos e insultar sin ningún miramiento incluso a un hombre como su excelencia... Ténganlo presente: prudencia...

Llega Pasquale, apurado.

PASQUALE (*a los gritos*) Su excelencia, está viniendo su excelencia...

Gioacchino se mueve para ir a recibirlo, Carmela se asoma al balcón, los cuatro y Pasquale se ponen uno al lado de otro como si su excelencia fuera a pasar revista.

TURI (*al darse cuenta que Pasquale está en el grupo*) Largate de aquí.

PASQUALE ¿Y por qué? Yo soy del partido de su excelencia, más que usted: en estas elecciones he pegado diez mil afiches...

TURI (*acercándose amenazador*) Largate de aquí, te digo.

PASQUALE (*alejándose*) Quiero besarle la mano a su excelencia.

TURI Se la va a besar...

Y, de hecho, en cuanto su excelencia entra en escena, Pasquale corre a besarle la mano y luego, casi esperando una patada, se aleja. Se queda contemplándolo desde lejos, conmovido. Los demás también le besan la mano. Su excelencia, que finalmente es el Incógnito, levanta la vista hacia el balcón y ve a Carmela: la saluda quitándose el sombrero.

INCÓGNITO Señora...

CARMELA (*inclinándose torpemente*) Excelencia...

RICU ¡Dios mío! Quién la va a aguantar a la tía Carmela a partir de ahora...

Minicu le da un codazo para que se calle.

INCÓGNITO Entonces todo salió bien, me dijo Gioacchino...

TURI Todo bien, excelencia, solo que...

GIOACCHINO No es nada, un pequeño incidente, uno de los nuestros se peleó, tenía un cuchillo en el bolsillo... En fin: lo agarraron.

INCÓGNITO ¿Nade de sangre?

TURI No, excelencia, tenía el cuchillo en el bolsillo y ahí se quedó... Se peleó, pobrecito, porque uno se atrevió a decir que su excelencia...

Gioacchino tose intencionadamente, Turi se calla.

INCÓGNITO (*a Gioacchino*) Dejalo hablar: es interesante saber lo que dicen de nosotros nuestros adversarios.

TURI (*avergonzado*) Que su excelencia, bueno, del pueblo, disculpe la expresión, no le importa un carajo y que, de hecho, lo desprecia; y que un antepasado de su excelencia...

INCÓGNITO (*con un gesto de resignación e indiferencia*) Oh, los antepasados... (*Poniendo una mano sobre el hombro de Turi*) Está bien, voy a hablar con el comisario por este pobre hombre (*con ironía*) que ha defendido mi buen nombre... (*A Gioacchino*) Y las comilonas, ¿cómo salió todo eso?

GIOACCHINO Muy bien, excelencia.

MINICU Han morfado y chupado, a la salud de su excelencia, ha sido un placer verlos.

INCÓGNITO ¿Borrachos?

RICU Casi todos. Fueron a votar como si fuera la procesión del Corpus Domini.

INCÓGNITO Estuvieron espléndidos, todos ustedes. Les agradezco.

GIOACCHINO Deber, excelencia.

CARMELA Excelencia, no sé si puede honrarnos con su presencia... una taza de café, si su excelencia quiere...

Gioacchino está consternado por tanta audacia y le hace gestos de reproche a su esposa; la mira con severidad. Pero su excelencia se vuelve a quitar el sombrero y dice.

INCÓGNITO Pero el honor es mío, señora. *(Seguido por Gioacchino entra a la casa).*

Los cuatro quedan atónitos, por un momento, como fascinados por un acontecimiento casi milagroso. Pasquale, también atónito, se acerca.

PASQUALE *(balbuceando)* ¡Dios mío!... Su excelencia... ¡en la casa de la tía Carmela!

RICU ¡Cristo, de lo que es capaz una mujer!

MINICU ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Su excelencia en casa de Gioacchino Funciazza!

TURI Pasó, pasó de verdad, hubo una auténtica revolución.

Entra jadeando, agitando un periódico en la mano, don Leonardo.

LEONARDO Su excelencia: ¿dónde está su excelencia? Estuve en el palacio y me dijeron que estaba aquí... *(Ricú hace un gesto hacia la casa de Gioacchino)* ¡¿En casa de Gioacchino?!

PASQUALE La tía Carmela lo invitó a tomar un café, si le hacía el honor... ¿Y saben lo que hizo su excelencia? Se quitó el sombrero *(imita los gestos de su excelencia)* y dijo: El honor es mío, señora", y subió con el tío Gioacchino.

RICU Nos dejó con la boca abierta... Qué descarada, esa tía Carmela... A partir de hoy deberé decirle señora.

PASQUALE ¿Y al tío Gioacchino cómo le decimos, tío Gioacchino?

LEONARDO Quizás puedas seguir llamándolo tío... Napoleón decía que la esposa de un sargento puede llegar a ser duquesa, pero un sargento, aunque sea duque, sigue siendo sargento... (*La plazoleta, mientras se desarrollan las siguientes escenas, se va llenando poco a poco de gente, sueltas algunas, en grupo, otras. Pero se mantienen a una distancia respetuosa del grupo y de la casa de Gioacchino, desde donde su excelencia acaba de salir*). Le beso las manos, excelencia... Querido Gioacchino... Vine corriendo para darle el primer ejemplar del diario (*se lo entrega al Incógnito*); aún está fresco, con la tinta húmeda. Tiene el artículo que escribí anoche para refutar una por una todas las acusaciones que el abogado Duina lanzó contra su excelencia en una reunión con sus jefes electorales.

INCÓGNITO Las acusaciones de siempre, supongo: mis antepasados, y especialmente aquel antepasado mío que reprimió una revuelta popular hace tres siglos...

LEONARDO Acusaciones aún más graves, excelencia... Me agarró bronca, perdón por la expresión: yo que sé lo que hizo su excelencia por estos muchachos, para sacarlos del mal camino (*los muchachos ponen una expresión en la que la contrición no logra ocultar la sonrisa canallesca*), para encaminarlos hacia una vida honrada; y tengo que escuchar a este abogado Duina decir que su excelencia se sirve de la delincuencia, de la "mafia", como él dice... ¿Y saben lo que ha llegado a decir? (*Mirando a todos a la cara*) Que uno de ustedes, y tal vez (*señalando a Turi*) se refería precisamente a vos, que mataste a un jefe electoral de su espacio...

TURI (*con bronca, agarrándolo a don Leonardo y zamarreándolo*) Decilo otra vez y también te mato a vos, lo juro por Dios.

LEONARDO (*asustado*) ¿Yo? ¿Y qué, lo digo yo?

Gioacchino lo golpea violentamente a Turi en los brazos y éste suelta a don Leonardo.

GIOACCHINO ¡Bestia! ¿Cómo te atrevés? A don Leonardo, y además delante de su excelencia. ¡Bestia!

TURI Les pido disculpas, pero frente a una acusación tan grave uno pierde la cabeza.

LEONARDO (*recuperándose del susto*) Sí, tenés razón... Solo que yo no tengo nada que ver. Repetí lo que dijo el abogado Duina... Un hombre de mal carácter, sin respeto por

nadie. Dio a entender -no lo dijo, lo dio a entender- que el asesinato se cometió por orden de su excelencia.

INCÓGNITO (*sonriendo de forma indescifrable*) Ah.

TURI (*inquieto, perdido*) Yo, el sábado pasado...

GIOACCHINO (*interrumpiéndolo y haciendo un gesto a don Leonardo*) El sábado pasado, a la hora en que dispararon al abogado Duina, Turi estaba conmigo y con usted en la casa de su excelencia... El sábado por la noche, ¿lo recuerda su excelencia?... Yo, Turi, don Leonardo: estuvimos en la casa de su excelencia desde el Ave María hasta medianoche...

INCÓGNITO Por supuesto que lo recuerdo; lo recuerdo muy bien, de hecho.

LEONARDO ¿Y yo también estaba allí?

GIOACCHINO (*con fría amenaza*) ¿Está bromeando usted?

LEONARDO ¡Qué voy a bromear! Es que no lo recuerdo. Veamos: sábado... sábado... sábado por la noche... ¿Y dónde estaba yo el sábado por la noche?

GIOACCHINO ¿Pone en duda la palabra de su excelencia?

LEONARDO ¡Por favor! Si su excelencia lo dice, yo estaba allí.

GIOACCHINO (*con fría amenaza*) Su excelencia no lo dice: lo tiene que decir usted.

LEONARDO (*evidentemente sin estar convencido*) Y lo digo.

GIOACCHINO (*con fría amenaza*) ¿Lo dice por decir o lo dice porque se ha acordado?

LEONARDO (*suspirando*) Me he acordado.

INCÓGNITO La verdad, mi querido don Leonardo, la verdad... Le confieso que yo también, si Gioacchino no lo hubiera recordado rápidamente, habría tenido dificultades para recordar la noche del sábado... ¿Qué quiere? Ellos tienen una mente, por así decirlo, virgen; nosotros, en cambio, la hemos fatigado con tantos conocimientos, con tantos pensamientos... Y verá que, si se esfuerza, la noche del sábado le vendrá a la mente con mayor claridad, con todos esos detalles que hacen las delicias de los jueces... En cuanto a mi adversario, comprenderá que sus insinuaciones solo pueden ser aceptadas por gente estúpida e innoble.

LEONARDO Es precisamente lo que digo en el artículo... Lo escribí, créame, con la sangre en el ojo... No es justo, digo, especular sobre el pasado de estos muchachos: yo los conocí antes y sé lo que significa su excelencia para ellos, todo lo que hizo para ellos... Y no hablemos de Gioacchino, que se ha convertido en un caballero hecho y derecho.

GIOACCHINO Usted es demasiado bueno, querido don Leonardo.

INCÓGNITO (*a don Leonardo*) Estoy de acuerdo con usted... Y dígame (*irónicamente*): con su olfato, con su perspicacia, ¿qué pronóstico hace, qué piensa?

LEONARDO ¿Sobre Gioacchino?

INCÓGNITO Sobre las elecciones.

LEONARDO Para usted, un triunfo, excelencia, un triunfo... Y no lo digo solo yo: ¿no ve que aquí alrededor el pueblo ya siente la victoria?

GIOACCHINO (*señalando el palco*) Si su excelencia quiere...

INCÓGNITO Sí, sí... Usted, Gioacchino, sube conmigo; y usted también, don Leonardo...

Ahora hay una multitud que empuja, y se adivina que detrás del telón izquierdo hay una gran masa de gente. Hace oír su voz tan pronto como su excelencia sube al palco. Dirigiéndose hacia el palco, su excelencia va estrechando manos a derecha e izquierda.

LEONARDO (*mientras va detrás de su excelencia*) Un día memorable, memorable... (*Automáticamente, su mano se dirige al bolsillo del chaleco para sacar el reloj*) Oh, Dios, me lo afanaron de nuevo.

GIOACCHINO ¿Qué?

LEONARDO El reloj.

Gioacchino agarra a Ricu de un brazo y le muestra la palma de la mano: Ricu saca el reloj del bolsillo, lo coloca en la mano de Gioacchino y este se lo pasa a don Leonardo.

GIOACCHINO La broma inocente de siempre.

Se acerca por detrás a su excelencia, suben al estrado. La multitud grita "¡Viva su excelencia, viva nuestro diputado!". Su excelencia sonríe y saluda con gestos mesurados. Luego, entre don Leonardo y su excelencia, se desarrolla una escena muda: el Incógnito invita a don Leonardo a hablar, don Leonardo se niega, hasta que finalmente se decide.

LEONARDO Como miembro del Comité que ha propuesto y apoyado la candidatura de su excelencia, me enorgullece interpretar vuestros sentimientos, ciudadanos y amigos,

dando a nuestro diputado, es decir, a aquel que en pocas horas, sin duda, será proclamado nuestro diputado, un saludo y un deseo: el saludo de la mejor parte del pueblo palermitano; y el deseo de que su inteligencia, su cultura, su laboriosidad, sus virtudes personales, unidas a las que ha demostrado a lo largo de los siglos la gran, noble y austera familia a la que pertenece, puedan ser llamadas a las más altas responsabilidades. Y este es un deseo que se desborda sobre nosotros todos, sobre toda la Sicilia, sobre la patria italiana reunida ahora *in un sol fascio* y encaminada hacia los grandes destinos que fueron en su día los de Roma...

Un huracán de aplausos brota desde la multitud. Cuando para, una voz grita, irónicamente.

VOZ Queremos oír a Gioacchino Funciazza.

INCÓGNITO ¿Y por qué no? Gioacchino es un hombre sencillo, de pocas palabras, pero creo que tiene algo sabio, justo y honesto que decirles...

VOZ Sobre todo honesto.

El Incógnito invita a Gioacchino a hablar.

GIOACCHINO (*desconcertado, secándose el sudor*) Y qué puedo decir yo... Su excelencia me honra con su confianza, ustedes me honran con su amistad: y aquí estoy, amigo de los amigos, devoto de los que merecen, hombre de paz con los hombres de paz... Pero si hay alguien que no quiere estar en paz, Gioacchino Funciazza siempre está dispuesto a servirle...

VOZ Lo sabemos (*pero tan pronto como termina de decirlo, Turi y Minicu lo ubican y se lo llevan a la fuerza*).

Sin dejar de secarse el sudor, Gioacchino se retira detrás de su excelencia.

LA MULTITUD (*grita*) Bravo, bien, viva su excelencia.

INCÓGNITO Compatriotas, amigos... Vuestra presencia aquí, vuestro entusiasmo, anticipan el resultado que pronto va a salir de las urnas: un resultado que, sin falsa

modestia, voy a considerar como vuestro juicio sobre mi persona, sobre mi vida, sobre mis intenciones, y que me va a servir de consuelo para la labor que me espera... Vuestro juicio, el juicio del pueblo orgulloso, generoso e inteligente de esta ciudad, de esta espléndida isla, joya de ese mar que los romanos llamaron nuestro, pero que va a volver a serlo ahora que Italia está unida, fuerte, unánime... Su juicio, decía, será tal que confundirá y desconcertará a nuestros adversarios, y principalmente a aquel de entre nuestros adversarios que no ha tenido escrúpulos en utilizar contra ustedes, que me han considerado digno de su confianza, de su voto, las armas de la difamación, la calumnia y el escándalo. Este hombre, cuyo nombre ni siquiera quiero pronunciar, contamina incluso nuestro hermoso dialecto, ese dialecto en el que expresamos nuestros sentimientos más profundos, ese dialecto que Antonio Veneziano y Giovanni Meli elevaron a la inmortalidad y a la gloria de la poesía (*aplausos prolongados*), lo contamina, digo, forzando las palabras, distorsionándolas de su significado más verdadero, más genuino... Este hombre me ha llamado mafioso y va diciendo que yo he llevado la batalla electoral al terreno de la mafia... Pero, amigos míos, ¿cuál es el auténtico significado de la palabra mafia? Para mí, para ustedes, mafia es elegancia, orgullo, caballerosidad, sentido del honor, superioridad, perfección... Y si la mafia es esto, tal y como la entendemos nosotros, tal y como la entiende el buen pueblo siciliano...

VOZ ¿Y si es esa otra?

Se derrumba la persona que lanza la pregunta, golpeada. Inmediatamente es arrastrada hacia fuera.

INCÓGNITO Si la mafia es esto, y no una sociedad delictiva como la entiende nuestro adversario en su mente retorcida y oscura, pues bien, amigos míos, les digo que soy mafioso y estaré orgulloso de poder llevar al Parlamento de la Italia unida, libre y grande el aliento vivificante de la mafia de nuestra gloriosa isla...

Aplausos frenéticos, la banda toca el himno de Garibaldi, mientras su excelencia sonríe y saluda levantando las manos.